



Bofci

(no, es el número 45)

Junio 2005

Cátedra de Skatología

BOFCI

BULITÓN OFICIAL DE LA FACULTAD DE CIENCIAS INÚTILES

Dirección en la web:

www.albaiges.com

www.mensa.es/carrollia

La revista **BOFCI**, abreviada en [B], es el órgano de comunicación de la FCI (Facultad de Ciencias Inútiles) de Mensa España. Su frecuencia de aparición es ya trimestral, ya irracional. Se entrega con CARROLLIA, el boletín del CARROLLSIG.

Es coordinada, dirigida, editada y remitida por:

Josep M. Albaigès i Olivart

<http://www.albaiges.com>

Las cartas y colaboraciones se remitirán al editor, siempre que sea posible, en formato A4 y mecanografiadas con cintas de máquina en buen uso. Mejor todavía en disquete, formato WORD 6.0, html o ASCII. Las fechas tope para su inclusión son los últimos días de los meses de febrero, mayo, agosto y noviembre. El boletín aparece (si aparece) dentro del mes siguiente.

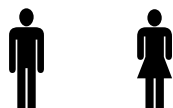
Permitida la reproducción de los escritos de este boletín, citando la procedencia. Las opiniones expresadas son las de sus autores. Mensa, como tal, no opina.

...ooo000ooo...

ÍNDICE

Portada: "El número 100", eufemismo para designar el retrete (otro eufemismo, el retrete es "el lugar donde uno se retira"), que las malas lenguas atribuyen al menosprecio de Felipe V por la institución catalana del Consell de Cent (el caso es que en Cataluña el WC era llamado también, como reacción defensiva, "el Felip V").

| | |
|-------------------------------------|----|
| Cátedra de Skatología. Presentación | 3 |
| El excusado | 4 |
| Papel higiénico | 5 |
| Indeterminaciones en el lenguaje | 7 |
| El retrete de Aínsa | 8 |
| Eufemismo vs refuerzo escatológico | 9 |
| El uso de la palabra cojones | 11 |



CÁTEDRA DE SKATOLOGÍA PRESENTACIÓN

Se encuentran en el DRAE dos acepciones distintas de la palabra **escatología**:

escatología¹ (Del gr. *έσχατος*, último, y *λόγος*, discurso, tratado) f. Conjunto de creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba.

escatología² (Del gr. *σκόρ*, *σκατός*, excremento, y *λόγος*, discurso, tratado) f. Tratado de cosas excrementicias.

En el anterior número de BOFCI se trató, en bastante medida, de los temas eschatológicos según la primera acepción. Nada más lógico, para completar la simetría descriptiva, que atrevemos en ésta con los skatológicos.

Dice el antiguo aforismo que no hay mujeres frías sino hombres inexpertos. De la misma forma podríamos decir que tampoco hay temas obscenos (*ob scena*, fuera de la escena) sino escritores pornográficos. Bofci nunca ha rehuido ningún tema “peligroso”, y no va a empezar ahora.

¿Es la skatología un tema adecuado, permisible en una publicación seria como la nuestra? Nada mejor, en este año quijotesco, que echar mano de la obra maestra de Cervantes reproduciendo uno de sus episodios, el de la espantable aventura de los batanes. Situémonos en el momento en que amo y escudero aguardaban a que pasara la oscura noche entre el fragor descomunal de las máquinas, él a caballo de Rocinante y Sancho de pie pero agarrado a su amo muerto de miedo.

En esto, parece ser, o que el frío de la mañana, que ya venía, o que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, o que fuese cosa natural – que es lo que más se debe creer–, a él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenía gana, tampoco era posible; y así, lo que hizo, por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna, y, en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos. Tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto –que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia–, le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado que, al cabo al cabo, vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquél que a él le ponía tanto miedo. Oyólo don Quijote y dijo:

–¿Qué rumor es ése, Sancho?

–No sé, señor –respondió él–. Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y sucedióle tan bien que, sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas, como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen a sus narices; y, apenas hubieron llegado, cuando él fue al socorro, apretándolas entre los dos dedos; y, con tono algo gangoso, dijo:

–Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

–Sí tengo –respondió Sancho–; mas, ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar —respondió don Quijote.

—Bien podrá ser —dijo Sancho—, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres o cuatro allá, amigo —dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)—, y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré —replicó Sancho— que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo, amigo Sancho —respondió don Quijote.

¡He aquí la clave! El tratamiento, amigo Sancho, que diría el inmortal manchego. Nada de meneallo, de recrearse. Sugerir, hacer asomar la sonrisa aun a pesar a veces de quien la emite, no causarle ascos ni vomiteras.

En esa línea procurará mantenerse la Cátedra de Skatología. No entre en ella quien no ame el humor suave, la ironía, la delicadeza. Pensamos demostrar, en este número y en los que seguirán si Dios nos da fuerzas, que todos los temas son decentes y manejables.

Y ahora que estás advertido, lector, sigue adelante si te apetece.

El Catedrático, Ramon Tiraplom

El excusado

Comúnmente se le llama cagar. Pero nunca pronunciamos ese verbo infame. Nadie dice excretar ni, por su puesto, defecar, que parece una sucia onomatopeya diarreica y una cursilería. Apenas hay quien se atreva a emplear aquella expresión vagamente castrense de hacer de cuerpo, y hacer de vientre se dice con sigilo porque roza aún la inconveniencia. Así que el común de los mortales habla de ir al “water” o al servicio, porque es como irse de excursión, algo que encubre el motivo de ese viaje, que es lo que realmente hiere nuestro pudor de espíritus celestes ajenos a las urgencias que afligen a los brutos.

Visto, pues, que no se puede nombrar el qué, José Pascual de Quinto ha querido referirse al dónde, en una ingeniosa, culta y divertida conferencia que ha dado a sus contertulios de “La Cadiera”.



No sé cómo andarán ustedes de escatología léxica, pero yo ignoraba que ese lugar pudiera llamarse de tantos modos, muchos más, que los que consigna Casares en su Diccionario Ideológico. Porque además de retrete, letrina, privada, necesaria, secreta, común, casilla, trono, garita, beque, evacuatorio, quiosco de necesidad y jardín, que también son ganas, Pascual de quinto ha ido espigando, en repertorios aragoneses, voces ten pintorescas como fuente, tabla, bujarda, turca, sillico, almuxaba, almojaba, bacía, bacín, evítame, beltrán, betalmez, cámara y baticambra, voz ésta que aparece en el Fuero de Teruel de 1176.

Respaldado por muchas horas de trabajo —no hay en nuestro idioma otra monografía semejante, que yo sepa— Pascual de Quinto mete en la danza del excusado desde el “Vidal Mayor”, en pleno siglo XIII, a los “cagadores” o azacanes ambulantes que callejeaban por la Zaragoza del siglo XVIII, provistos de un bacín y de una capa con que cubrir al cliente que requería sus servicios. Y recuerda con humor aquellos primeros «sumideros públicos de la Plaza de España, excusados o secretas que no debían serlo tanto puesto que tenían varios agujeros para que se aliviasen simultáneamente varios cristianos. Aunque a mí no me sorprende esa promiscua llaneza, porque recuerdo que en el pabellón de visitas del viejo Convento de las Clarisas de Valdealgorfa, había un excusado de tres plazas al que acudíamos con mis primos Ángel y María Teresa, cuando nos urgía, para no interrumpir nuestros juegos por esa pequeñez. Y el que debíamos ofrecer era, el espectáculo que tentó a Romualdo Nogués y Milagro un día de 1831, cuando estuvo a punto de perecer por una tormenta de lodo maloliente, bajo la baticambra de las Concepcionistas de Borja. La curiosidad es el germen de la Ciencia, pero entraña sus riesgos.

Darío Vidal

Diario ABC, Madrid, 10.03.94

PAPEL HIGIÉNICO

He visto el recorte de un anuncio de la razón Joseph Bardou et Fils, con fecha 2 de junio de 1888, dando a conocer desde Perpiñán sus "Papiers Hygiéniques à Cigarettes". Antes y después, durante años, se le llamó así en España, en Portugal, en Francia: "papel higiénico". Se trataba de un papel que el fumador podía impunemente, higiénicamente, llevarse a los labios como envuelta del cigarro o de la picadura. Sin embargo ese nombre, el de "papel higiénico", acabó desplazándose hasta cubrir otras ocupaciones a las que siempre se ha puesto una veladura al nombrar.

Ya he contado en otro lugar, siguiendo a Abu abd Allah ibn Marzuq (+1439) los escrúpulos que en algunos sectores del fundamentalismo islámico suscitaba el uso en la mano izquierda de un anillo de sello con el nombre de Allah —porque ese uso podía ensuciar el nombre grabado en el anillo— entre quienes, como los musulmanes, desconocían o menospreciaban para la limpieza íntima el uso del papel. Y, por lo visto, ese empleo directo de la mano era cosa que divertía extremadamente a los asiáticos, ignorantes de todas las posibles consecuencias de aquella prescripción: por ejemplo, la de que la amputación de la mano derecha a un delincuente lo condenaba a la impureza perpetua por haber de usar la izquierda para ocuparse, indistintamente, de esa higiene y de la alimentación.

Es que, en el siglo V, los chinos habían dado ya con muy diversos usos del papel e incluso en el siglo siguiente lo habían generalizado como soporte gráfico mucho más allá de sus fronteras, incluso en el mundo árabe, cosa que vamos sabiendo muy poco a poco. Y, aunque la referencia es muy tardía en relación con ese momento, conviene recordar que, en 1393, el Departamento chino de Suministros Imperiales había servido 720.000 bandas de papel higiénico de 90 × 6 cm para la Corte y 15.000 hojitas perfumadas para el uso exclusivo de la familia imperial.

Todavía por esa época, en nuestro mundo occidental una muñequilla de trapos provista de un mango figuraba en el equipo de cada soldado de las legiones de Roma, y en los baños públicos se ofrecía a cada uno de sus sucesivos usuarios una misma esponja —con su mango correspondiente— mantenida en un cubo de agua salada. Pero hay un testimonio ligeramente anterior a Cristo, en el que me he detenido siempre: Catulo se refiere a los "anales" del escritor Volusio como *cacata carta*, como "papel (papiro) cagado". Y dado que, según el propio Catulo, el papel (el papiro) se usaba hasta para envolver el pescado más barato, la caballa, puede pensarse también para él un uso higiénico. No sería, desde luego, un "papel" *tissue*, como el que hoy acostumbramos, pero sí de textura semejante a las farfollas de maíz a que enseguida haremos mención.

La substitución del papiro por el papel, en todos sus usos —si es que ése fue el camino— llevó al aprovechamiento de papeles desechados. El "caballero Jorge", *der Junker Jörg*, Martín Lutero, refugiado en el castillo de Wartburg, donde su estreñimiento le obligaba a pasar largos ratos en la letrina, se distraía a veces leyendo esos papeles viejos y hasta se ocupó en armonizar allí la cancioncilla que figuraba en uno de ellos. Será preciso añadir que en esa letrina tuvo también la revelación de que nos justifica la sangre de Cristo. Y el lugar puede parecernos impropio pero debe recordarse que el Dr. Lutero era un profundo agustiniano y que el propio san Agustín había dicho a Mónica, su santa madre, que una letrina era un lugar tan bueno como otro cualquiera para elevar el corazón a Dios.

En los medios rurales, el empleo de las farfollas de maíz tuvo ese destino, al igual que el de envolver los cigarros o contener la picadura. Pero, admitido ya el empleo de un papel blanco con destino a la higiene, aún cada usuario había de cortarlo por sí mismo, más o menos

arbitrariamente, frente a una progresiva normalización semejante a la que llevó a la invención de los libritos de papel de fumar. Y, efectivamente, en 1857 Joseph Gayetty, en Nueva York, fue el primero en empaquetar hojitas de papel de tamaño uniforme para cualquiera que las usase, como exactamente un siglo antes había hecho en Alcoy el Rvdo. Vicente Alborn con el papel higiénico para liar cigarrillos. Gayetty suavizaba su "papel terapéutico" con un humectante y vendía los paquetillos de 500 hojas, marcadas con su propio nombre, al precio de 50 céntimos de dólar. No era, pues, un artículo fácilmente asequible, y había catálogos de fabricantes y almacenistas con sus páginas ya taladradas por una línea de puntos que ayudaban al corte del papel para el destino que nos ocupa. En 1878 el inglés Walter Alcock, enrolla un papel de dos capas y lo dota de esas perforaciones que facilitaban su troceado. Pero sólo en 1890 los hermanos Irvin y Clarence Scott, de Filadelfia, logran la aceptación, por recomendación médica, del "Waldorf Tissue" como un ofrecimiento del Hotel Waldorf, de Nueva York, dado que los Scott rehuían asociar su nombre con aquel artículo que, sin embargo, acabó por conocerse como "Scott Tissue". Debe pensarse en los rollos de "Scottex", de nuestro tiempo, donde ese apellido se mantiene como marca comercial: son los que se anuncian con la intervención de un perrito, aunque todavía en 1910 podía bromearse sobre la conveniencia de orlar las hojitas con un ribete negro para su empleo por las viudas (como se orlaba el papel "de luto" para escribir), según recuerda Pierre-Marc de Biaisi; un momento en el que nadie podía pensar que una de las marcas que suministraban aquellos papeles, la Kimberly-Clark, sería reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos por sus "heroicos esfuerzos" en el suministro de productos a los combatientes durante la II Guerra Mundial.

Ha sido preciso, sin embargo, esperar largamente para dar con una novela, *Le Roi des Aulnes* ("El rey de los alisos", de Michel Tournier, 1970) en la que el *papier hygiénique*, el *papier-latrines*, se manifiesta con innovador protagonismo.

Al cabo de no sé cuántos siglos de que ya lo hicieran los chinos, y de saturar el mercado de toallitas perfumadas para la higiene de los bebés ("de venta en farmacias"), la publicidad comienza ahora a ofrecer a los adultos con ciertos problemas el uso de sus toallitas ("hemoallitas"), o simplemente las propone para "el placer de sentirse limpios".

El socio ya imprescindible del papel fue el retrete. En 1883 la Escuela Monge, de París, presentó un invento anónimo que se llamó "taza" de retrete: un recipiente de chapa con tapa de madera, como cuenta Margarita Cantudo. Los franceses, en eso de la higiene privada fueron siempre unos adelantados. Por eso inventaron el bidé (que nuestros académicos estuvieron a punto de designar como "jaquita" para que figurase en el diccionario oficial). Pero los ingleses inventaron el confort. Por eso, en 1886, Thomas Crapper incorporó al retrete, a cierta altura, un depósito para diez litros de agua que caían en la taza cuando se tiraba de una cadenita, y un sifón que impedía el retroceso de los olores.

Rafael León



Sophia Loren & Jayne Mansfield

INDETERMINACIONES EN EL LENGUAJE

1. Las gafas

El otro día un amigo mío de Móstoles fue a Madrid sabiendo que su novia necesitaba unas gafas. Al pasar ante una óptica vio un modelo de su agrado, y lo compró acto seguido.

Al pasar el regalo por caja, la dependienta se confundió y le dio otro paquete de envoltorio muy parecido que contenía unas bragas. Mi amigo, sin darse cuenta del error, se lo remitió acto seguido a su novia por correo acompañada de esta carta, que la dejó perpleja:

Querida Loli:

Espero que te guste el regalo que te envío. Sé muy bien que te hacían mucha falta. Las que llevas actualmente están ya muy viejas y estas cosas hay que renovarlas de vez en cuando.

Espero haber acertado con el modelo, quizás algo atrevido, pero elegante. La dependienta me dijo que eran la última moda y me enseñó las suyas, que eran iguales. Para ver si eran ligeras me las probé, no sin cierta dificultad, por la talla, claro. Realmente el efecto era cómico, y la dependienta y todos los asistentes se reían a gusto. Claro, estos modelos femeninos quedan graciosos a los hombres, que los desbordamos por todas partes.

Fue tal el éxito que una clienta joven quiso probárselas, quitándose las suyas previamente, para que yo pudiera hacerme idea de cómo te quedarían puestas. Aunque la tapaban poco porque la chica era más bien ancha, las vi estupendas y me decidí a comprarlas. Todos alabaron mi buen gusto.

Póntelas inmediatamente para que todo el mundo pueda comprobar lo bien que, estoy seguro, te van a quedar. Quizás al principio te sientas extraña con ellas, acostumbrada a las viejas (ya observé que últimamente no te las ponías siquiera). Si al principio sientes mareos no te preocupes: es normal y pronto se te pasarán.

Si te están pequeñas podemos cambiarlas, no sea que te dejen señal cuando te las quites para ir por la calle: todo el mundo lo notaría. Y, si te estuvieran grandes, igual se te caen andando en el momento menos pensado. Eso sería peor.

Lúcelas con cuidado. No vayas a dejártelas por ahí y perderlas, que tú eres algo despistadilla y a veces las llevas de la mano para que todo el mundo pueda admirar tus encantos al natural, y acabas dejándolas en cualquier rincón.

Bueno, me muero de ganas de vértelas puestas, aunque ya sabes que me gustas con ellas o sin ellas.

P. S. No tires las viejas: quizá te hagan todavía algún servicio.

2. Welle Chapel

En cierta ocasión, una familia española deseosa de pasar sus vacaciones en Escocia se interesó por una casita de campo, propiedad de un pastor protestante, con quien acordaron el alquiler. Cerrado ya el trato, la señora recordó que había omitido preguntar por los servicios higiénicos, y mandó una carta al pastor preguntándole por el W. C.

Sabido es que en Inglaterra no se usan esas siglas con el mismo significado que nosotros, y el pastor creyó que se referían a la capilla de su religión llamada *Welle Chapel*. Inmediatamente les contestó:

Estimados señores: Tengo el agrado de informarles que el lugar a que ustedes se refieren queda sólo a 12 kilómetros de la casa, lo cual es molesto si se tiene la costumbre de ir con frecuencia, pero algunas personas llevan comida y permanecen en el lugar todo el día; algunos viajan a pie, otros en tranvía, pero todos procuran llegar en el momento oportuno. Hay sitio para 400 personas cómodamente sentadas y unas 50 más de pie.

Los asientos están forrados de terciopelo púrpura y hay aire acondicionado para evitar sofocaciones.

Se recomienda llegar temprano para alcanzar puesto. A la entrada se dará un papel a cada persona, y las que no llegasen al reparto pueden utilizar el del compañero de asiento. Al salir deberán depositarlo en una bandeja para continuar usándolo todo el mes.

Hay fotografías especiales, que tomarán fotografías en distintas posturas, las cuales serán publicadas en la sección de Vida Social del diario local. Así podrá conocer el público a las altas personalidades en el acto más humano.

De ustedes atentamente...

(Tomado de COPRÓGENAS, PAGINAS TURBIAS)

Remitido por Josep M. Albaigès

El retrete de Aínsa

El excusado más precioso que he visto en mi vida está en un bar de Aínsa (Huesca). Es un precioso mueble del siglo XVIII vagamente parecido a un confesonario, adornado con unas "instrucciones de uso" en forma de poesía humorística y nada escatológica, que intentaré citar de memoria:

Vous que venez ici dans une humble posture
de vos flancs alourdis délivrer le fardeau
veuillez, quan vous aurez soulagé la nature
et posé dans cette place un modeste cadeau
y verser tout de suite un corrent d'onde pure
et baisser la couvercle avec premure
que aux odeurs indiscrets servira de tombeau¹.

JMAiO



¹ Vosotros, que llegáis aquí en una humilde postura / para librar el fardo de vuestros flancos recargados / servíos, cuando hayáis aliviado la naturaleza / y depositado en este sitio un modesto regalo / verter enseguida una corriente de onda pura / y bajar con premura el cubérculo / que servirá de tumba a los olores indiscretos.

EUFEMISMO VS. REFUERZO ESCATOLÓGICO

Aviso: Con ser el presente artículo referido a temas exclusivamente lingüísticos, puede herir algunas sensibilidades.

El hablante tropieza a veces con la dificultad de expresar el sentido exacto de su pensamiento; más a menudo todavía, el matiz sentimental que quiere imprimir a lo que dice. ¿Va a ser tan prosaico como para decir a la mujer amada, cuando tira el lirismo, “Eres muy guapa” simplemente? ¿O le expresará “Te amo” a secas? No, la primera frase exigirá una retahíla de metáforas donde aparecerán las perlas, el rubí, la seda, la luz suave, el azul del cielo, etc., y en la segunda deberán afirmarse sentimientos íntimos, vivencias especiales, mediante los correspondientes suspiros, languideces en la mirada, temblores y otros recursos históricamente eternos.

Para el primer problema, la única solución es un buen conocimiento del léxico. Nada más penoso que oír a veces: “Sí, ese cachivache que sirve para...” por desconocimiento de la palabra exacta. Lo segundo es cuestión no sólo de la adecuada inflexión de la voz y el apoyo gestual, sino de un buen conocimiento de los sinónimos de cada palabra, con sus matices respectivos.

Los tacos vehiculan, a niveles bajos del lenguaje, esos últimos sentidos, y por ello es tan creciente su uso en un tiempo de claro abandono de la cultura escrita a favor de la visual, más exactamente, de la televisiva. El salpicamiento continuo de la frase con esas expresiones, propias antes solamente de carreteros, es una de las plagas que nos toca vivir en ese filo del milenio.

El eufemismo aparece en cuanto se teme que las palabras evoquen con una fuerza excesiva, a juicio de los castos oyentes, algún aspecto agresivo, en especial los relacionados con las funciones evacuatorias o sexuales. Un buen ejemplo es la larga evolución de denominaciones que ha sufrido lo que, desterrado el campo o el corral para ciertos menesteres, el lugar de visita obligada una vez al día para todos los mortales empezó llamándose muy apropiadamente la *lavatrina* o *letrina*, de donde pasó en un primer eufemismo alusivo a su universalidad de visitación, a *comuna*, nombre por otra parte compartido con otras muchas instituciones de gran frecuentación (recordemos la Comuna de París, esto es, el Ayuntamiento, diríamos hoy). Estas acepciones paralelas fueron abandonándose para evitar las imágenes que la palabra aportaba, y llegada ésta a ese punto unívocamente referencial, se hizo necesario sustituirla por el *retrete*. Ésta era entonces una voz de lo más casto (“el lugar a donde uno se retira o hace retreta”; vemos en textos antiguos que una señora se fue a su retrete con sus amigas). Pues bien, con el tiempo el *retrete* acabó también oliendo mal, y fue sustituido por el *excusado* (las señoras, el *tocador*) y el *wáter* o *WC*, palabras que curiosamente los ingleses no usan (en la II Guerra Mundial no acababan de entender la hilaridad que las siglas de Winston Churchill provocaban en la prensa alemana). Tras el *lavabo*, algo pueblerino pero que en muchos ambientes ha sobrevivido, vino la aséptica y despersonalizada *servicios*, que está cobrando hoy un cierto aire bastón y hortera, por lo que parece que finalmente va a acabar siendo substituida esta vez por un galicismo, *toilette*, cuando no por el neutro *señoras|caballeros*. Por cierto, me cuenta un comunicante que vio en Guadix las inscripciones WC y WS (water caballeros y water señoras).

Fácilmente se intuye la facilidad con que el eufemismo puede convertirse en mera cursilería. Esto ocurre cuando, desde niveles pretendidamente superiores, como mínimo captadores de la inconveniencia del uso del taco, se quiere tomar prestada la fuerza expresiva de éste, sin decirlo, eso sí, ridículo intento que acaba en interjecciones como ¡*Jo!*!, naturalmente abreviatura de *joder* (inicialmente ‘penetrar, atravesar, taladrar’, por el latín *fodere*), palabra que heriría las delicadas sensibilidades de hablante y oyente, quizás por la eficacia reforzante de la jota (*joder*, *cojones*, *carajo*, *pijo*...). Lo curioso es que, en el colmo de

la pirueta cursi, el *jo* acaba transformándose en *jolín*, *jobar* o *jope* cuando a su vez incluso esta mansa abreviatura empieza a sonar mal. El mismo *joder*, como verbo, acaba siendo *jibar* o *jorobar*, siempre en busca de la inicial presidiendo una palabra divergente.

El repertorio es infinito. *Cagar*, para las mentes delicadas, será *ensuciar*, y *mear*, *mojar*. *Me cago en la madre...* (de Dios) se transforma en *mecachis en la mar* (a veces, incluso *salada*), *cojones* pasa a ser *cojines*, *cataplínes* e incluso *sillines*, el *follón* es el *follín*, el *culo* es el *pompis* o el *traseo*, las *tetas* son las *domingas*, la *picha* es la *pilila*, *mear* es *hacer pis*, *cagar* es *telefonar*, la *regla* es la *visita*, el *chocho*, el *mocho*, y la *picha* son la *pilila*. Lo *cojonudo* es *pistonudo* o *morrocotudo*, e incluso la indumentaria entra en el mundo de los escrúpulos: la *bragueta* se transformó en la *pretina*, el *sostén* en el *sujetador*, y las *bragas* en el *slip* o, como mínimo, las *braguitas*, la *mala leche* es la *mala uva* o el *mal café*. Vaya todo a bien si con ello se evitan sofocos y aspavientos.

En el polo opuesto, el fenómeno contrario al eufemismo es el refuerzo escatológico, por el que se aumenta la intensidad de una palabra o frase apoyándolas con una innecesaria referencia al tema evacuatorio/sexual. Lo vemos continuamente en ejemplos clásicos: por decir que una cosa es *mala*, se dice que es *una mierda*, una *cagada* o una *parida*. Algo muy bueno es *de cojones* o la *leche* (se supone que en su acepción orgásmica), la *hostia* o *de puta madre*, y la gente se *mea* y se *corre* de gusto. *Ostiar* (rechazar de mala manera, como hacían los ostiarios o guardianes de la ostia o puerta) pasó a *hostiar*, y de aquí a *dar hostias*, en lógica analogía eucarística. La palabra *puñeta*, perfectamente decente (son los encajes que se llevan en el puño de una prenda de vestir) ha pasado a ser un taco, simplemente por la expresión “hacer puñetas”, equivalente a la todavía no demonizada “freír espárragos”, o sea hacer una cosa molesta y difícil. Por cierto, en América conserva el sentido de masturbar.

Al lado de estos ejemplos, más bien venerables, el pueblo no para de ejercitar su inventiva: el antiguo *ir de cabeza* se ha transformado en *ir de culo*: se decía que un coche *iba a toda pastilla* (se dice que alusión al mundo de la droga, aunque la frase parece anterior a la generalización de ésta); esto pasó a *ir a toda leche* o, más fuerte aún, *a toda mierda*. “El quinto infierno” (expresión que remite a las grandes lejanías) pasó a “*el quinto coño*”, y de dos que están muy unidos no se dice que son “uña y carne”, sino “*culo y mierda*”. La expresión *echando chispas*, con que se indicaba la premura, pasó a *echando leches*, y, más rotundo todavía, *cagando leches*: un prodigio de lenguaje enérgico.

Una borrachera es también una *mierda*. El verbo *acollonar* (asustar, por *collón*, cobarde, derivado del italiano *coglione*) pasó a *acojonar*. Ya entrados en el sexo se dice, con adverbio innecesario, que algo está *cojonudamente* bueno, o que algo *está más visto que el coño de...* (aquí, el nombre de la actriz de cine X del momento). Por no hablar de innumerables expresiones coloquiales, como “no se ve ni un *carajo*”, “ni esto ni *pollas* en vinagre”, “esto es muy fácil; se hace con la *punta del pito*”, etc., etc.

En el siglo XIX se hizo popular la palabra *gilí*, derivada, según unos, del árabe *yihil*, ‘bobo, aturdido, ignorante’, y según otros del inglés *hi-li*, abreviatura de *high life*, que, designando inicialmente a la alta sociedad, por evolución semántica acabó siendo despectivo. Últimamente el calificativo ha quedado reforzado como *gilipollas* (hoy ya en el DRAE), o como mínimo *gilipuertas*, sufijos sobre los que sobran los comentarios.

Un caso muy claro, devenido de gran popularidad últimamente gracias a la franqueza de varios ministros (lógicamente en sintonía con el nivel del pueblo, como manda la democracia) es la rotunda expresión *por cojones*, *por huevos* o *manda huevos*, con que se indica el modo enérgico e inevitable de llevarse a cabo una cosa. En realidad, se trata de un derivado, elaborado por la ignorancia, de la frase *por huebos*, que es tanto como decir “por necesidad, necesariamente” (latín *opus*, ‘necesidad’). Al lado está *tocar los cojones*, que en realidad es un refuerzo de *tocar las narices*, antiguo signo burlesco, *tocar el culo* (lo mismo), *empreñar* (trasplante del sentido de *joder* a la palabra *preñar*), etc. etc.

EL USO DE LA PALABRA COJONES

Un ejemplo de la riqueza del lenguaje castellano es el número de acepciones de una simple palabra, como puede ser la muy conocida y frecuentemente utilizada, que hace referencia a los atributos masculinos, "cojones".

Si va acompañada de un numeral, tiene significados distintos, según el número utilizado. Así "uno" significa caro o costoso (valía un cojón), "dos" significa valentía (tiene dos cojones), "tres" significa desprecio (me importa tres cojones), un número muy grande y par significa dificultad (lograrlo me costo mil pares de cojones).

El verbo cambia el significado. Tener, valentía (aquella persona tiene cojones), aunque en admiración puede significar sorpresa (¡tiene cojones!), poner expresa un reto, especialmente si se pone en algunos lugares (puso los cojones encima de la mesa). También se los utiliza para apostar (me corto los cojones), o para amenazar (te corto los cojones).

El tiempo del verbo utilizado cambia el significado de la frase. Así el tiempo presente indica molestia o hastío (me toca los cojones), el reflexivo significa vagancia (se tocaba los cojones), pero el imperativo significa sorpresa (¡tócate los cojones!).

Los prefijos y sufijos modulan su significado; "a" expresa miedo (acojonado), "des" significa cansancio (descojonado), "udo" indica perfección (cojonudo), pero "azo" se refiere a la indolencia o abulia.

Las preposiciones matizan la expresión. "De" significa éxito (me salió de cojones) o cantidad (hacia un frío de cojones), "por" expresa voluntariedad (lo haré por cojones), "hasta" expresa el límite del aguante (estoy hasta los cojones), pero "con" indica el valor (era un hombre con cojones) y "sin" la cobardía (era un hombre sin cojones).

Es distinto el color, la forma, la simple tersura o el tamaño. El color violeta expresa el frío (se me quedaron los cojones morados), la forma, el cansancio (tenía los cojones cuadrados), pero el desgaste implica experiencia (tenía los cojones pelados de tanto repetirlo). Es importante el tamaño y la posición (tiene dos cojones grandes y bien plantados); sin embargo hay un tamaño máximo (tiene los cojones como los del caballo de Espartero) que no puede superarse, porque entonces indica torpeza o vagancia (le cuelgan, se los pisa, se sienta sobre ellos, e incluso necesita una carretilla para llevarlos).

La interjección ¡cojones! significa sorpresa, y cuando uno se halla perplejo los solicita (¡manda cojones!).

En ese lugar reside la voluntad y de allí surgen las órdenes (me sale de los cojones).

En resumen, será difícil encontrar una palabra, en castellano o en otros idiomas con mayor número de acepciones.

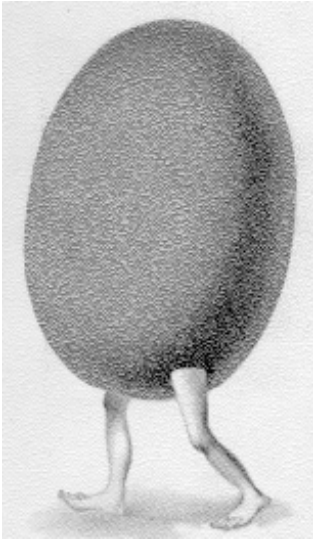
Andrés G. Parrilla

APOSTILLAS DE JOSEP M. ALBAIGÈS

Camilo José Cela trata abundantemente el tema a lo largo de nada menos que sesenta páginas en su *Diccionario secreto*. Allí se hallan abundantes digresiones sobre términos como *chupar un c.*, *tenerlos cuadrados*, *rascarse los c.*, etc. etc. Incluye también algunas poesías deliciosas, como:

*Los c. del cura
de Villalpando,
les llevan cuatro bueyes
y van sudando.*

A ese histórico libro remito al lector interesado. Por mi parte, me gustaría incluir algunas reflexiones más sobre algunas expresiones relacionadas con el tema.



Tocar (o tocarse) los c. Siempre me ha llamado la atención esa identificación táctil como sinónimo de molestia, incluso de humillación.

En mi opinión, la frase es un refuerzo escatológico de “tocar las narices”, con que claramente se expresan las ganas de molestar, pues, en efecto, *tocarle a alguien la narices* literalmente es incordiarle, enzurzarle.

En efecto, una expresión queda reforzada cuando es asociada, aunque sea innecesariamente, con una palabra obscena. Algunos ejemplos:

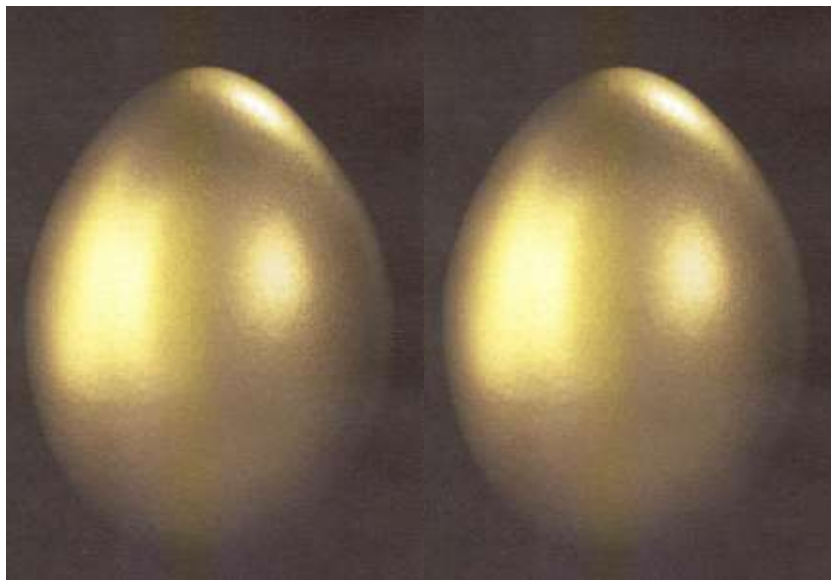
- En el siglo pasado se usaba la expresión “es un *gill*” para referirse a alguien snob, extravagante o sin sustancia. Hay quien dice que la palabreja es una adaptación del inglés *hi-li*, abreviatura de *high life*, “vida confortable” (recordemos también la reciente *hi-fi*), con que se designaba a la gente bien; otros opinan que se trata de un derivado de la voz árabe *ʿyahil*, “bobo, aturdido, ignorante”. En todo caso, el término ganó énfasis al ser reforzado con un innecesario “pollas”. Más tarde el vocablo, excesivamente grosero, ha retrocedido algo con el uso de *gilipueñas*.
- Para comentar la velocidad excesiva de un coche, se decía antiguamente “iba a toda marcha”. El término se enfatizó posteriormente con “iba a toda leche”, e incluso he oído decir “iba a toda mierda”.

Por tanto, nada tiene de extraño que las *narices* sean sustituidos por los *cojones* en busca de una mayor fuerza en la expresión. A ello ayuda el uso de la palabra en un también innecesario plural.

Hacer algo por huevos. En realidad, la frase correcta es hacer algo por *huebos*, cosa que nada tiene que ver con los atributos sexuales, pues *huebos* deriva del latín *opus*, “necesidad”. Con ello, hacer algo *por huebos* significa “hacerlo necesariamente, inevitablemente”, y, por extensión, “hacerlo por fuerza”.

Acojonar. En realidad es una derivación de acollonar, “atemorizar”, palabra sin connotación grosera, pues deriva de *a-* y *collón*, “cobarde, pusilánime”, derivado del italiano *coglione*, que, ésa sí, procede del latín *coleone*, a su vez de *colea*, plural de *coleo*, “testículo”. Es una nueva muestra del fenómeno de la groserización de un vocablo.

Josep M. Albaigès, sep 98





Bofci

(no, es el número 45)

Junio 2005

Cátedra de Skatología

BOFCI

BULITÓN OFICIAL DE LA FACULTAD DE CIENCIAS INÚTILES

Dirección en la web:

www.albaiges.com

www.mensa.es/carrollia

La revista **BOFCI**, abreviada en [B], es el órgano de comunicación de la FCI (Facultad de Ciencias Inútiles) de Mensa España. Su frecuencia de aparición es ya trimestral, ya irracional. Se entrega con CARROLLIA, el boletín del CARROLLSIG.

Es coordinada, dirigida, editada y remitida por:

Josep M. Albaigès i Olivart

<http://www.albaiges.com>

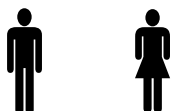
Las cartas y colaboraciones se remitirán al editor, siempre que sea posible, en formato A4 y mecanografiadas con cintas de máquina en buen uso. Mejor todavía en disquete, formato WORD 6.0, html o ASCII. Las fechas tope para su inclusión son los últimos días de los meses de febrero, mayo, agosto y noviembre. El boletín aparece (si aparece) dentro del mes siguiente.

Permitida la reproducción de los escritos de este boletín, citando la procedencia. Las opiniones expresadas son las de sus autores. Mensa, como tal, no opina.

ÍNDICE

Portada: "El número 100", eufemismo para designar el retrete (otro eufemismo, el retrete es "el lugar donde uno se retira"), que las malas lenguas atribuyen al menosprecio de Felipe V por la institución catalana del Consell de Cent (el caso es que en Cataluña el WC era llamado también, como reacción defensiva, "el Felip V").

| | |
|-------------------------------------|----|
| Cátedra de Skatología. Presentación | 3 |
| El excusado | 4 |
| Papel higiénico | 5 |
| Indeterminaciones en el lenguaje | 7 |
| El retrete de Aínsa | 8 |
| Eufemismo vs refuerzo escatológico | 9 |
| El uso de la palabra cojones | 11 |



CÁTEDRA DE SKATOLOGÍA PRESENTACIÓN

Se encuentran en el DRAE dos acepciones distintas de la palabra **escatología**:

escatología¹ (Del gr. *έσχατος*, último, y *λόγος*, discurso, tratado) f. Conjunto de creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba.

escatología² (Del gr. *σκόρ*, *σκατός*, excremento, y *λόγος*, discurso, tratado) f. Tratado de cosas excrementicias.

En el anterior número de BOFCI se trató, en bastante medida, de los temas eschatológicos según la primera acepción. Nada más lógico, para completar la simetría descriptiva, que atrevemos en ésta con los skatológicos.

Dice el antiguo aforismo que no hay mujeres frías sino hombres inexpertos. De la misma forma podríamos decir que tampoco hay temas obscenos (*ob scena*, fuera de la escena) sino escritores pornográficos. Bofci nunca ha rehuído ningún tema “peligroso”, y no va a empezar ahora.

¿Es la skatología un tema adecuado, permisible en una publicación seria como la nuestra? Nada mejor, en este año quijotesco, que echar mano de la obra maestra de Cervantes reproduciendo uno de sus episodios, el de la espantable aventura de los batanes. Situémonos en el momento en que amo y escudero aguardaban a que pasara la oscura noche entre el fragor descomunal de las máquinas, él a caballo de Rocinante y Sancho de pie pero agarrado a su amo muerto de miedo.

En esto, parece ser, o que el frío de la mañana, que ya venía, o que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, o que fuese cosa natural – que es lo que más se debe creer–, a él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenía gana, tampoco era posible; y así, lo que hizo, por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna, y, en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos. Tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto –que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia–, le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado que, al cabo al cabo, vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquél que a él le ponía tanto miedo. Oyólo don Quijote y dijo:

–¿Qué rumor es ése, Sancho?

–No sé, señor –respondió él–. Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y sucedióle tan bien que, sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas, como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen a sus narices; y, apenas hubieron llegado, cuando él fue al socorro, apretándolas entre los dos dedos; y, con tono algo gangoso, dijo:

–Páreceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

–Sí tengo –respondió Sancho–; mas, ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar —respondió don Quijote.

—Bien podrá ser —dijo Sancho—, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres o cuatro allá, amigo —dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)—, y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré —replicó Sancho— que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo, amigo Sancho —respondió don Quijote.

¡He aquí la clave! El tratamiento, amigo Sancho, que diría el inmortal manchego. Nada de meneallo, de recrearse. Sugerir, hacer asomar la sonrisa aun a pesar a veces de quien la emite, no causarle ascos ni vomiteras.

En esa línea procurará mantenerse la Cátedra de Skatología. No entre en ella quien no ame el humor suave, la ironía, la delicadeza. Pensamos demostrar, en este número y en los que seguirán si Dios nos da fuerzas, que todos los temas son decentes y manejables.

Y ahora que estás advertido, lector, sigue adelante si te apetece.

El Catedrático, Ramon Tiraplom

El excusado

Comúnmente se le llama cagar. Pero nunca pronunciamos ese verbo infame. Nadie dice excretar ni, por su puesto, defecar, que parece una sucia onomatopeya diarreica y una cursilería. Apenas hay quien se atreva a emplear aquella expresión vagamente castrense de hacer de cuerpo, y hacer de vientre se dice con sigilo porque roza aún la inconveniencia. Así que el común de los mortales habla de ir al “water” o al servicio, porque es como irse de excursión, algo que encubre el motivo de ese viaje, que es lo que realmente hiere nuestro pudor de espíritus celestes ajenos a las urgencias que afligen a los brutos.

Visto, pues, que no se puede nombrar el qué, José Pascual de Quinto ha querido referirse al dónde, en una ingeniosa, culta y divertida conferencia que ha dado a sus contertulios de “La Cadiera”.



No sé cómo andarán ustedes de escatología léxica, pero yo ignoraba que ese lugar pudiera llamarse de tantos modos, muchos más, que los que consigna Casares en su Diccionario Ideológico. Porque además de retrete, letrina, privada, necesaria, secreta, común, casilla, trono, garita, beque, evacuatorio, quiosco de necesidad y jardín, que también son ganas, Pascual de quinto ha ido espigando, en repertorios aragoneses, voces ten pintorescas como fuente, tabla, bujarda, turca, sillico, almuxaba, almojaba, bacía, bacín, evítame, beltrán, betalmez, cámara y baticambra, voz ésta que aparece en el Fuero de Teruel de 1176.

Respaldado por muchas horas de trabajo —no hay en nuestro idioma otra monografía semejante, que yo sepa— Pascual de Quinto mete en la danza del excusado desde el “Vidal Mayor”, en pleno siglo XIII, a los “cagadores” o azacanes ambulantes que callejeaban por la Zaragoza del siglo XVIII, provistos de un bacín y de una capa con que cubrir al cliente que requería sus servicios. Y recuerda con humor aquellos primeros «sumideros públicos de la Plaza de España, excusados o secretas que no debían serlo tanto puesto que tenían varios agujeros para que se aliviasen simultáneamente varios cristianos. Aunque a mí no me sorprende esa promiscua llaneza, porque recuerdo que en el pabellón de visitas del viejo Convento de las Clarisas de Valdealgorfa, había un excusado de tres plazas al que acudíamos con mis primos Ángel y María Teresa, cuando nos urgía, para no interrumpir nuestros juegos por esa pequeñez. Y el que debíamos ofrecer era, el espectáculo que tentó a Romualdo Nogués y Milagro un día de 1831, cuando estuvo a punto de perecer por una tormenta de lodo maloliente, bajo la baticambra de las Concepcionistas de Borja. La curiosidad es el germen de la Ciencia, pero entraña sus riesgos.

PAPEL HIGIÉNICO

He visto el recorte de un anuncio de la razón Joseph Bardou et Fils, con fecha 2 de junio de 1888, dando a conocer desde Perpiñán sus "Papiers Hygiéniques à Cigarettes". Antes y después, durante años, se le llamó así en España, en Portugal, en Francia: "papel higiénico". Se trataba de un papel que el fumador podía impunemente, higiénicamente, llevarse a los labios como envuelta del cigarro o de la picadura. Sin embargo ese nombre, el de "papel higiénico", acabó desplazándose hasta cubrir otras ocupaciones a las que siempre se ha puesto una veladura al nombrar.

Ya he contado en otro lugar, siguiendo a Abu abd Allah ibn Marzuq (+1439) los escrúpulos que en algunos sectores del fundamentalismo islámico suscitaba el uso en la mano izquierda de un anillo de sello con el nombre de Allah —porque ese uso podía ensuciar el nombre grabado en el anillo— entre quienes, como los musulmanes, desconocían o menospreciaban para la limpieza íntima el uso del papel. Y, por lo visto, ese empleo directo de la mano era cosa que divertía extremadamente a los asiáticos, ignorantes de todas las posibles consecuencias de aquella prescripción: por ejemplo, la de que la amputación de la mano derecha a un delincuente lo condenaba a la impureza perpetua por haber de usar la izquierda para ocuparse, indistintamente, de esa higiene y de la alimentación.

Es que, en el siglo V, los chinos habían dado ya con muy diversos usos del papel e incluso en el siglo siguiente lo habían generalizado como soporte gráfico mucho más allá de sus fronteras, incluso en el mundo árabe, cosa que vamos sabiendo muy poco a poco. Y, aunque la referencia es muy tardía en relación con ese momento, conviene recordar que, en 1393, el Departamento chino de Suministros Imperiales había servido 720.000 bandas de papel higiénico de 90 × 6 cm para la Corte y 15.000 hojitas perfumadas para el uso exclusivo de la familia imperial.

Todavía por esa época, en nuestro mundo occidental una muñequilla de trapos provista de un mango figuraba en el equipo de cada soldado de las legiones de Roma, y en los baños públicos se ofrecía a cada uno de sus sucesivos usuarios una misma esponja —con su mango correspondiente— mantenida en un cubo de agua salada. Pero hay un testimonio ligeramente anterior a Cristo, en el que me he detenido siempre: Catulo se refiere a los "anales" del escritor Volusio como *cacata carta*, como "papel (papiro) cagado". Y dado que, según el propio Catulo, el papel (el papiro) se usaba hasta para envolver el pescado más barato, la caballa, puede pensarse también para él un uso higiénico. No sería, desde luego, un "papel" *tissue*, como el que hoy acostumbramos, pero sí de textura semejante a las farfollas de maíz a que enseguida haremos mención.

La substitución del papiro por el papel, en todos sus usos —si es que ése fue el camino— llevó al aprovechamiento de papeles desechados. El "caballero Jorge", *der Junker Jörg*, Martín Lutero, refugiado en el castillo de Wartburg, donde su estreñimiento le obligaba a pasar largos ratos en la letrina, se distraía a veces leyendo esos papeles viejos y hasta se ocupó en armonizar allí la cancioncilla que figuraba en uno de ellos. Será preciso añadir que en esa letrina tuvo también la revelación de que nos justifica la sangre de Cristo. Y el lugar puede parecernos impropio pero debe recordarse que el Dr. Lutero era un profundo agustiniano y que el propio san Agustín había dicho a Mónica, su santa madre, que una letrina era un lugar tan bueno como otro cualquiera para elevar el corazón a Dios.

En los medios rurales, el empleo de las farfollas de maíz tuvo ese destino, al igual que el de envolver los cigarros o contener la picadura. Pero, admitido ya el empleo de un papel blanco con destino a la higiene, aún cada usuario había de cortarlo por sí mismo, más o menos

arbitrariamente, frente a una progresiva normalización semejante a la que llevó a la invención de los libritos de papel de fumar. Y, efectivamente, en 1857 Joseph Gayetty, en Nueva York, fue el primero en empaquetar hojitas de papel de tamaño uniforme para cualquiera que las usase, como exactamente un siglo antes había hecho en Alcoy el Rvdo. Vicente Albors con el papel higiénico para liar cigarrillos. Gayetty suavizaba su "papel terapéutico" con un humectante y vendía los paquetillos de 500 hojas, marcadas con su propio nombre, al precio de 50 céntimos de dólar. No era, pues, un artículo fácilmente asequible, y había catálogos de fabricantes y almacenistas con sus páginas ya taladradas por una línea de puntos que ayudaban al corte del papel para el destino que nos ocupa. En 1878 el inglés Walter Alcock, enrolla un papel de dos capas y lo dota de esas perforaciones que facilitaban su troceado. Pero sólo en 1890 los hermanos Irvin y Clarence Scott, de Filadelfia, logran la aceptación, por recomendación médica, del "Waldorf Tissue" como un ofrecimiento del Hotel Waldorf, de Nueva York, dado que los Scott rehuían asociar su nombre con aquel artículo que, sin embargo, acabó por conocerse como "Scott Tissue". Debe pensarse en los rollos de "Scottex", de nuestro tiempo, donde ese apellido se mantiene como marca comercial: son los que se anuncian con la intervención de un perrito, aunque todavía en 1910 podía bromearse sobre la conveniencia de orlar las hojitas con un ribete negro para su empleo por las viudas (como se orlaba el papel "de luto" para escribir), según recuerda Pierre-Marc de Biaisi; un momento en el que nadie podía pensar que una de las marcas que suministraban aquellos papeles, la Kimberly-Clark, sería reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos por sus "heroicos esfuerzos" en el suministro de productos a los combatientes durante la II Guerra Mundial.

Ha sido preciso, sin embargo, esperar largamente para dar con una novela, *Le Roi des Aulnes* ("El rey de los alisos", de Michel Tournier, 1970) en la que el *papier hygiénique*, el *papier-latrines*, se manifiesta con innovador protagonismo.

Al cabo de no sé cuántos siglos de que ya lo hicieran los chinos, y de saturar el mercado de toallitas perfumadas para la higiene de los bebés ("de venta en farmacias"), la publicidad comienza ahora a ofrecer a los adultos con ciertos problemas el uso de sus toallitas ("hemoallitas"), o simplemente las propone para "el placer de sentirse limpios".

El socio ya imprescindible del papel fue el retrete. En 1883 la Escuela Monge, de París, presentó un invento anónimo que se llamó "taza" de retrete: un recipiente de chapa con tapa de madera, como cuenta Margarita Cantudo. Los franceses, en eso de la higiene privada fueron siempre unos adelantados. Por eso inventaron el bidé (que nuestros académicos estuvieron a punto de designar como "jaquita" para que figurase en el diccionario oficial). Pero los ingleses inventaron el confort. Por eso, en 1886, Thomas Crapper incorporó al retrete, a cierta altura, un depósito para diez litros de agua que caían en la taza cuando se tiraba de una cadenita, y un sifón que impedía el retroceso de los olores.

Rafael León



Sophia Loren & Jayne Mansfield

INDETERMINACIONES EN EL LENGUAJE

1. Las gafas

El otro día un amigo mío de Móstoles fue a Madrid sabiendo que su novia necesitaba unas gafas. Al pasar ante una óptica vio un modelo de su agrado, y lo compró acto seguido.

Al pasar el regalo por caja, la dependienta se confundió y le dio otro paquete de envoltorio muy parecido que contenía unas bragas. Mi amigo, sin darse cuenta del error, se lo remitió acto seguido a su novia por correo acompañada de esta carta, que la dejó perpleja:

Querida Loli:

Espero que te guste el regalo que te envío. Sé muy bien que te hacían mucha falta. Las que llevas actualmente están ya muy viejas y estas cosas hay que renovarlas de vez en cuando.

Espero haber acertado con el modelo, quizás algo atrevido, pero elegante. La dependienta me dijo que eran la última moda y me enseñó las suyas, que eran iguales. Para ver si eran ligeras me las probé, no sin cierta dificultad, por la talla, claro. Realmente el efecto era cómico, y la dependienta y todos los asistentes se reían a gusto. Claro, estos modelos femeninos quedan graciosos a los hombres, que los desbordamos por todas partes.

Fue tal el éxito que una clienta joven quiso probárselas, quitándose las suyas previamente, para que yo pudiera hacerme idea de cómo te quedarían puestas. Aunque la tapaban poco porque la chica era más bien ancha, las vi estupendas y me decidí a comprarlas. Todos alabaron mi buen gusto.

Póntelas inmediatamente para que todo el mundo pueda comprobar lo bien que, estoy seguro, te van a quedar. Quizás al principio te sientas extraña con ellas, acostumbrada a las viejas (ya observé que últimamente no te las ponías siquiera). Si al principio sientes mareos no te preocupes: es normal y pronto se te pasarán.

Si te están pequeñas podemos cambiarlas, no sea que te dejen señal cuando te las quites para ir por la calle: todo el mundo lo notaría. Y, si te estuvieran grandes, igual se te caen andando en el momento menos pensado. Eso sería peor.

Lúcelas con cuidado. No vayas a dejártelas por ahí y perderlas, que tú eres algo despistadilla y a veces las llevas de la mano para que todo el mundo pueda admirar tus encantos al natural, y acabas dejándolas en cualquier rincón.

Bueno, me muero de ganas de vértelas puestas, aunque ya sabes que me gustas con ellas o sin ellas.

P. S. No tires las viejas: quizá te hagan todavía algún servicio.

2. Welle Chapel

En cierta ocasión, una familia española deseosa de pasar sus vacaciones en Escocia se interesó por una casita de campo, propiedad de un pastor protestante, con quien acordaron el alquiler. Cerrado ya el trato, la señora recordó que había omitido preguntar por los servicios higiénicos, y mandó una carta al pastor preguntándole por el W. C.

Sabido es que en Inglaterra no se usan esas siglas con el mismo significado que nosotros, y el pastor creyó que se referían a la capilla de su religión llamada *Welle Chapel*. Inmediatamente les contestó:

Estimados señores: Tengo el agrado de informarles que el lugar a que ustedes se refieren queda sólo a 12 kilómetros de la casa, lo cual es molesto si se tiene la costumbre de ir con frecuencia, pero algunas personas llevan comida y permanecen en el lugar todo el día; algunos viajan a pie, otros en tranvía, pero todos procuran llegar en el momento oportuno. Hay sitio para 400 personas cómodamente sentadas y unas 50 más de pie.

Los asientos están forrados de terciopelo púrpura y hay aire acondicionado para evitar sofocaciones.

Se recomienda llegar temprano para alcanzar puesto. A la entrada se dará un papel a cada persona, y las que no llegasen al reparto pueden utilizar el del compañero de asiento. Al salir deberán depositarlo en una bandeja para continuar usándolo todo el mes.

Hay fotografías especiales, que tomarán fotografías en distintas posturas, las cuales serán publicadas en la sección de Vida Social del diario local. Así podrá conocer el público a las altas personalidades en el acto más humano.

De ustedes atentamente...

(Tomado de COPRÓGENAS, PAGINAS TURBIAS)

Remitido por Josep M. Albaigès

El retrete de Aínsa

El excusado más precioso que he visto en mi vida está en un bar de Aínsa (Huesca). Es un precioso mueble del siglo XVIII vagamente parecido a un confesonario, adornado con unas "instrucciones de uso" en forma de poesía humorística y nada escatológica, que intentaré citar de memoria:

Vous que venez ici dans une humble posture
de vos flancs alourdis délivrer le fardeau
veuillez, quan vous aurez soulagé la nature
et posé dans cette place un modeste cadeau
y verser tout de suite un corrent d'onde pure
et baisser la couvercle avec premure
que aux odeurs indiscrets servira de tombeau¹.

JMAiO



¹ Vosotros, que llegáis aquí en una humilde postura / para librar el fardo de vuestros flancos recargados / servíos, cuando hayáis aliviado la naturaleza / y depositado en este sitio un modesto regalo / verter enseguida una corriente de onda pura / y bajar con premura el cubérculo / que servirá de tumba a los olores indiscretos.

EUFEMISMO VS. REFUERZO ESCATOLÓGICO

Aviso: Con ser el presente artículo referido a temas exclusivamente lingüísticos, puede herir algunas sensibilidades.

El hablante tropieza a veces con la dificultad de expresar el sentido exacto de su pensamiento; más a menudo todavía, el matiz sentimental que quiere imprimir a lo que dice. ¿Va a ser tan prosaico como para decir a la mujer amada, cuando tira el lirismo, “Eres muy guapa” simplemente? ¿O le expresará “Te amo” a secas? No, la primera frase exigirá una retahíla de metáforas donde aparecerán las perlas, el rubí, la seda, la luz suave, el azul del cielo, etc., y en la segunda deberán afirmarse sentimientos íntimos, vivencias especiales, mediante los correspondientes suspiros, languideces en la mirada, temblores y otros recursos históricamente eternos.

Para el primer problema, la única solución es un buen conocimiento del léxico. Nada más penoso que oír a veces: “Sí, ese cachivache que sirve para...” por desconocimiento de la palabra exacta. Lo segundo es cuestión no sólo de la adecuada inflexión de la voz y el apoyo gestual, sino de un buen conocimiento de los sinónimos de cada palabra, con sus matices respectivos.

Los tacos vehiculan, a niveles bajos del lenguaje, esos últimos sentidos, y por ello es tan creciente su uso en un tiempo de claro abandono de la cultura escrita a favor de la visual, más exactamente, de la televisiva. El salpicamiento continuo de la frase con esas expresiones, propias antes solamente de carreteros, es una de las plagas que nos toca vivir en ese filo del milenio.

El eufemismo aparece en cuanto se teme que las palabras evoquen con una fuerza excesiva, a juicio de los castos oyentes, algún aspecto agresivo, en especial los relacionados con las funciones evacuatorias o sexuales. Un buen ejemplo es la larga evolución de denominaciones que ha sufrido lo que, desterrado el campo o el corral para ciertos menesteres, el lugar de visita obligada una vez al día para todos los mortales empezó llamándose muy apropiadamente la *lavatrina* o *letrina*, de donde pasó en un primer eufemismo alusivo a su universalidad de visitación, a *comuna*, nombre por otra parte compartido con otras muchas instituciones de gran frecuentación (recordemos la Comuna de París, esto es, el Ayuntamiento, diríamos hoy). Estas acepciones paralelas fueron abandonándose para evitar las imágenes que la palabra aportaba, y llegada ésta a ese punto unívocamente referencial, se hizo necesario sustituirla por el *retrete*. Ésta era entonces una voz de lo más casto (“el lugar a donde uno se retira o hace retreta”; vemos en textos antiguos que una señora se fue a su retrete con sus amigas). Pues bien, con el tiempo el *retrete* acabó también oliendo mal, y fue sustituido por el *excusado* (las señoras, el *tocador*) y el *wáter* o *WC*, palabras que curiosamente los ingleses no usan (en la II Guerra Mundial no acababan de entender la hilaridad que las siglas de Winston Churchill provocaban en la prensa alemana). Tras el *lavabo*, algo pueblerino pero que en muchos ambientes ha sobrevivido, vino la aséptica y despersonalizada *servicios*, que está cobrando hoy un cierto aire bastón y hortera, por lo que parece que finalmente va a acabar siendo substituida esta vez por un galicismo, *toilette*, cuando no por el neutro *señoras|caballeros*. Por cierto, me cuenta un comunicante que vio en Guadix las inscripciones WC y WS (water caballeros y water señoras).

Fácilmente se intuye la facilidad con que el eufemismo puede convertirse en mera cursilería. Esto ocurre cuando, desde niveles pretendidamente superiores, como mínimo captadores de la inconveniencia del uso del taco, se quiere tomar prestada la fuerza expresiva de éste, sin decirlo, eso sí, ridículo intento que acaba en interjecciones como ¡*Jo!*!, naturalmente abreviatura de *joder* (inicialmente ‘penetrar, atravesar, taladrar’, por el latín *fodere*), palabra que heriría las delicadas sensibilidades de hablante y oyente, quizás por la eficacia reforzante de la jota (*joder*, *cojones*, *carajo*, *pijo*...). Lo curioso es que, en el colmo de

la pirueta cursi, el *jo* acaba transformándose en *jolín*, *jobar* o *jope* cuando a su vez incluso esta mansa abreviatura empieza a sonar mal. El mismo *joder*, como verbo, acaba siendo *jibar* o *jorobar*, siempre en busca de la inicial presidiendo una palabra divergente.

El repertorio es infinito. *Cagar*, para las mentes delicadas, será *ensuciar*, y *mear*, *mojar*. *Me cago en la madre...* (de Dios) se transforma en *mecachis en la mar* (a veces, incluso *salada*), *cojones* pasa a ser *cojines*, *cataplínes* e incluso *sillines*, el *follón* es el *follín*, el *culo* es el *pompis* o el *traseo*, las *tetas* son las *domingas*, la *picha* es la *pilila*, *mear* es *hacer pis*, *cagar* es *telefonar*, la *regla* es la *visita*, el *chocho*, el *mocho*, y la *picha* son la *pilila*. Lo *cojonudo* es *pistonudo* o *morrocotudo*, e incluso la indumentaria entra en el mundo de los escrúpulos: la *bragueta* se transformó en la *pretina*, el *sostén* en el *sujetador*, y las *bragas* en el *slip* o, como mínimo, las *braguitas*, la *mala leche* es la *mala uva* o el *mal café*. Vaya todo a bien si con ello se evitan sofocos y aspavientos.

En el polo opuesto, el fenómeno contrario al eufemismo es el refuerzo escatológico, por el que se aumenta la intensidad de una palabra o frase apoyándolas con una innecesaria referencia al tema evacuatorio/sexual. Lo vemos continuamente en ejemplos clásicos: por decir que una cosa es *mala*, se dice que es *una mierda*, una *cagada* o una *parida*. Algo muy bueno es *de cojones* o la *leche* (se supone que en su acepción orgásmica), la *hostia* o *de puta madre*, y la gente se *mea* y se *corre* de gusto. *Ostiar* (rechazar de mala manera, como hacían los ostiarios o guardianes de la ostia o puerta) pasó a *hostiar*, y de aquí a *dar hostias*, en lógica analogía eucarística. La palabra *puñeta*, perfectamente decente (son los encajes que se llevan en el puño de una prenda de vestir) ha pasado a ser un taco, simplemente por la expresión “hacer puñetas”, equivalente a la todavía no demonizada “freír espárragos”, o sea hacer una cosa molesta y difícil. Por cierto, en América conserva el sentido de masturbar.

Al lado de estos ejemplos, más bien venerables, el pueblo no para de ejercitar su inventiva: el antiguo *ir de cabeza* se ha transformado en *ir de culo*: se decía que un coche *iba a toda pastilla* (se dice que alusión al mundo de la droga, aunque la frase parece anterior a la generalización de ésta); esto pasó a *ir a toda leche* o, más fuerte aún, *a toda mierda*. “El quinto infierno” (expresión que remite a las grandes lejanías) pasó a “*el quinto coño*”, y de dos que están muy unidos no se dice que son “uña y carne”, sino “*culo y mierda*”. La expresión *echando chispas*, con que se indicaba la premura, pasó a *echando leches*, y, más rotundo todavía, *cagando leches*: un prodigio de lenguaje enérgico.

Una borrachera es también una *mierda*. El verbo *acollonar* (asustar, por *collón*, cobarde, derivado del italiano *coglione*) pasó a *acojonar*. Ya entrados en el sexo se dice, con adverbio innecesario, que algo está *cojonudamente* bueno, o que algo *está más visto que el coño de...* (aquí, el nombre de la actriz de cine X del momento). Por no hablar de innumerables expresiones coloquiales, como “no se ve ni un *carajo*”, “ni esto ni *pollas* en vinagre”, “esto es muy fácil; se hace con *la punta del pito*”, etc., etc.

En el siglo XIX se hizo popular la palabra *gilí*, derivada, según unos, del árabe *yihil*, ‘bobo, aturdido, ignorante’, y según otros del inglés *hi-li*, abreviatura de *high life*, que, designando inicialmente a la alta sociedad, por evolución semántica acabó siendo despectivo. Últimamente el calificativo ha quedado reforzado como *gilipollas* (hoy ya en el DRAE), o como mínimo *gilipuertas*, sufijos sobre los que sobran los comentarios.

Un caso muy claro, devenido de gran popularidad últimamente gracias a la franqueza de varios ministros (lógicamente en sintonía con el nivel del pueblo, como manda la democracia) es la rotunda expresión *por cojones*, *por huevos* o *manda huevos*, con que se indica el modo enérgico e inevitable de llevarse a cabo una cosa. En realidad, se trata de un derivado, elaborado por la ignorancia, de la frase *por huebos*, que es tanto como decir “por necesidad, necesariamente” (latín *opus*, ‘necesidad’). Al lado está *tocar los cojones*, que en realidad es un refuerzo de *tocar las narices*, antiguo signo burlesco, *tocar el culo* (lo mismo), *empreñar* (trasplante del sentido de *joder* a la palabra *preñar*), etc. etc.

EL USO DE LA PALABRA COJONES

Un ejemplo de la riqueza del lenguaje castellano es el número de acepciones de una simple palabra, como puede ser la muy conocida y frecuentemente utilizada, que hace referencia a los atributos masculinos, "cojones".

Si va acompañada de un numeral, tiene significados distintos, según el número utilizado. Así "uno" significa caro o costoso (valía un cojón), "dos" significa valentía (tiene dos cojones), "tres" significa desprecio (me importa tres cojones), un número muy grande y par significa dificultad (lograrlo me costo mil pares de cojones).

El verbo cambia el significado. Tener, valentía (aquella persona tiene cojones), aunque en admiración puede significar sorpresa (¡tiene cojones!), poner expresa un reto, especialmente si se pone en algunos lugares (puso los cojones encima de la mesa). También se los utiliza para apostar (me corto los cojones), o para amenazar (te corto los cojones).

El tiempo del verbo utilizado cambia el significado de la frase. Así el tiempo presente indica molestia o hastío (me toca los cojones), el reflexivo significa vagancia (se tocaba los cojones), pero el imperativo significa sorpresa (¡tócate los cojones!).

Los prefijos y sufijos modulan su significado; "a" expresa miedo (acojonado), "des" significa cansancio (descojonado), "udo" indica perfección (cojonudo), pero "azo" se refiere a la indolencia o abulia.

Las preposiciones matizan la expresión. "De" significa éxito (me salió de cojones) o cantidad (hacia un frío de cojones), "por" expresa voluntariedad (lo haré por cojones), "hasta" expresa el límite del aguante (estoy hasta los cojones), pero "con" indica el valor (era un hombre con cojones) y "sin" la cobardía (era un hombre sin cojones).

Es distinto el color, la forma, la simple tersura o el tamaño. El color violeta expresa el frío (se me quedaron los cojones morados), la forma, el cansancio (tenía los cojones cuadrados), pero el desgaste implica experiencia (tenía los cojones pelados de tanto repetirlo). Es importante el tamaño y la posición (tiene dos cojones grandes y bien plantados); sin embargo hay un tamaño máximo (tiene los cojones como los del caballo de Espartero) que no puede superarse, porque entonces indica torpeza o vagancia (le cuelgan, se los pisa, se sienta sobre ellos, e incluso necesita una carretilla para llevarlos).

La interjección ¡cojones! significa sorpresa, y cuando uno se halla perplejo los solicita (¡manda cojones!).

En ese lugar reside la voluntad y de allí surgen las órdenes (me sale de los cojones).

En resumen, será difícil encontrar una palabra, en castellano o en otros idiomas con mayor número de acepciones.

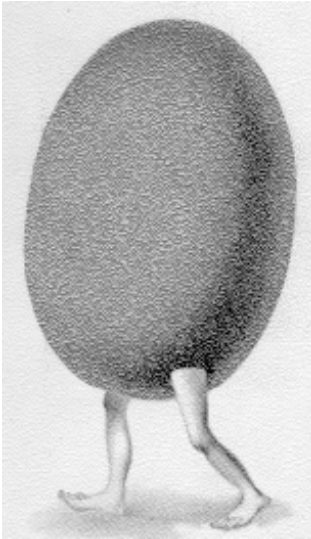
Andrés G. Parrilla

APOSTILLAS DE JOSEP M. ALBAIGÈS

Camilo José Cela trata abundantemente el tema a lo largo de nada menos que sesenta páginas en su *Diccionario secreto*. Allí se hallan abundantes digresiones sobre términos como *chupar un c.*, *tenerlos cuadrados*, *rascarse los c.*, etc. etc. Incluye también algunas poesías deliciosas, como:

*Los c. del cura
de Villalpando,
les llevan cuatro bueyes
y van sudando.*

A ese histórico libro remito al lector interesado. Por mi parte, me gustaría incluir algunas reflexiones más sobre algunas expresiones relacionadas con el tema.



Tocar (o tocarse) los c. Siempre me ha llamado la atención esa identificación táctil como sinónimo de molestia, incluso de humillación.

En mi opinión, la frase es un refuerzo escatológico de “tocar las narices”, con que claramente se expresan las ganas de molestar, pues, en efecto, *tocarle a alguien la narices* literalmente es incordiarle, enzurzarle.

En efecto, una expresión queda reforzada cuando es asociada, aunque sea innecesariamente, con una palabra obscena. Algunos ejemplos:

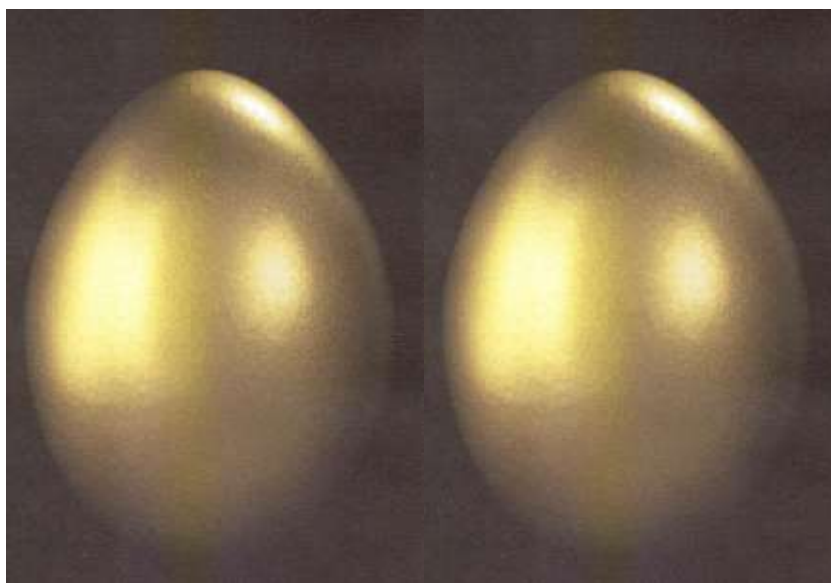
- En el siglo pasado se usaba la expresión “es un *gill*” para referirse a alguien snob, extravagante o sin sustancia. Hay quien dice que la palabreja es una adaptación del inglés *hi-li*, abreviatura de *high life*, “vida confortable” (recordemos también la reciente *hi-fi*), con que se designaba a la gente bien; otros opinan que se trata de un derivado de la voz árabe *ʿyahil*, “bobo, aturdido, ignorante”. En todo caso, el término ganó énfasis al ser reforzado con un innecesario “pollas”. Más tarde el vocablo, excesivamente grosero, ha retrocedido algo con el uso de *gilipueñas*.
- Para comentar la velocidad excesiva de un coche, se decía antiguamente “iba a toda marcha”. El término se enfatizó posteriormente con “iba a toda leche”, e incluso he oído decir “iba a toda mierda”.

Por tanto, nada tiene de extraño que las *narices* sean sustituidos por los *cojones* en busca de una mayor fuerza en la expresión. A ello ayuda el uso de la palabra en un también innecesario plural.

Hacer algo por huevos. En realidad, la frase correcta es hacer algo por *huebos*, cosa que nada tiene que ver con los atributos sexuales, pues *huebos* deriva del latín *opus*, “necesidad”. Con ello, hacer algo *por huebos* significa “hacerlo necesariamente, inevitablemente”, y, por extensión, “hacerlo por fuerza”.

Acojonar. En realidad es una derivación de acollonar, “atemorizar”, palabra sin connotación grosera, pues deriva de *a-* y *collón*, “cobarde, pusilánime”, derivado del italiano *coglione*, que, ésa sí, procede del latín *coleone*, a su vez de *colea*, plural de *coleo*, “testículo”. Es una nueva muestra del fenómeno de la groserización de un vocablo.

Josep M. Albaigès, sep 98





Bofci

(no, es el número 45)

Junio 2005

Cátedra de Skatología

BOFCI

BULITÓN OFICIAL DE LA FACULTAD DE CIENCIAS INÚTILES

Dirección en la web:

www.albaiges.com

www.mensa.es/carrollia

La revista **BOFCI**, abreviada en [B], es el órgano de comunicación de la FCI (Facultad de Ciencias Inútiles) de Mensa España. Su frecuencia de aparición es ya trimestral, ya irracional. Se entrega con CARROLLIA, el boletín del CARROLLSIG.

Es coordinada, dirigida, editada y remitida por:

Josep M. Albaigès i Olivart

<http://www.albaiges.com>

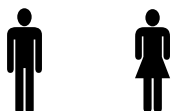
Las cartas y colaboraciones se remitirán al editor, siempre que sea posible, en formato A4 y mecanografiadas con cintas de máquina en buen uso. Mejor todavía en disquete, formato WORD 6.0, html o ASCII. Las fechas tope para su inclusión son los últimos días de los meses de febrero, mayo, agosto y noviembre. El boletín aparece (si aparece) dentro del mes siguiente.

Permitida la reproducción de los escritos de este boletín, citando la procedencia. Las opiniones expresadas son las de sus autores. Mensa, como tal, no opina.

ÍNDICE

Portada: "El número 100", eufemismo para designar el retrete (otro eufemismo, el retrete es "el lugar donde uno se retira"), que las malas lenguas atribuyen al menosprecio de Felipe V por la institución catalana del Consell de Cent (el caso es que en Cataluña el WC era llamado también, como reacción defensiva, "el Felip V").

| | |
|-------------------------------------|----|
| Cátedra de Skatología. Presentación | 3 |
| El excusado | 4 |
| Papel higiénico | 6 |
| Indeterminaciones en el lenguaje | 7 |
| El retrete de Aínsa | 8 |
| Eufemismo vs refuerzo escatológico | 9 |
| El uso de la palabra cojones | 11 |



CÁTEDRA DE SKATOLOGÍA

PRESENTACIÓN

Se encuentran en el DRAE dos acepciones distintas de la palabra **escatología**:

escatología¹ (Del gr. *έσχατος*, último, y *λόγος*, discurso, tratado) f. Conjunto de creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba.

escatología² (Del gr. *σκόρ*, *σκατός*, excremento, y *λόγος*, discurso, tratado) f. Tratado de cosas excrementicias.

En el anterior número de BOFCI se trató, en bastante medida, de los temas eschatológicos según la primera acepción. Nada más lógico, para completar la simetría descriptiva, que atrevemos en ésta con los skatológicos.

Dice el antiguo aforismo que no hay mujeres frías sino hombres inexpertos. De la misma forma podríamos decir que tampoco hay temas obscenos (*ob scena*, fuera de la escena) sino escritores pornográficos. Bofci nunca ha rehuído ningún tema “peligroso”, y no va a empezar ahora.

¿Es la skatología un tema adecuado, permisible en una publicación seria como la nuestra? Nada mejor, en este año quijotesco, que echar mano de la obra maestra de Cervantes reproduciendo uno de sus episodios, el de la espantable aventura de los batanes. Situémonos en el momento en que amo y escudero aguardaban a que pasara la oscura noche entre el fragor descomunal de las máquinas, él a caballo de Rocinante y Sancho de pie pero agarrado a su amo muerto de miedo.

En esto, parece ser, o que el frío de la mañana, que ya venía, o que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, o que fuese cosa natural – que es lo que más se debe creer–, a él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenía gana, tampoco era posible; y así, lo que hizo, por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna, y, en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos. Tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto –que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia–, le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado que, al cabo al cabo, vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquél que a él le ponía tanto miedo. Oyólo don Quijote y dijo:

–¿Qué rumor es ése, Sancho?

–No sé, señor –respondió él–. Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y sucedióle tan bien que, sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas, como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen a sus narices; y, apenas hubieron llegado, cuando él fue al socorro, apretándolas entre los dos dedos; y, con tono algo gangoso, dijo:

–Páreceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

–Sí tengo –respondió Sancho–; mas, ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar —respondió don Quijote.

—Bien podrá ser —dijo Sancho—, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres o cuatro allá, amigo —dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)—, y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré —replicó Sancho— que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo, amigo Sancho —respondió don Quijote.

¡He aquí la clave! El tratamiento, amigo Sancho, que diría el inmortal manchego. Nada de meneallo, de recrearse. Sugerir, hacer asomar la sonrisa aun a pesar a veces de quien la emite, no causarle ascos ni vomiteras.

En esa línea procurará mantenerse la Cátedra de Skatología. No entre en ella quien no ame el humor suave, la ironía, la delicadeza. Pensamos demostrar, en este número y en los que seguirán si Dios nos da fuerzas, que todos los temas son decentes y manejables.

Y ahora que estás advertido, lector, sigue adelante si te apetece.

El Catedrático, Ramon Tiraplom

El excusado

Comúnmente se le llama cagar. Pero nunca pronunciamos ese verbo infame. Nadie dice excretar ni, por su puesto, defecar, que parece una sucia onomatopeya diarreica y una cursilería. Apenas hay quien se atreva a emplear aquella expresión vagamente castrense de hacer de cuerpo, y hacer de vientre se dice con sigilo porque roza aún la inconveniencia. Así que el común de los mortales habla de ir al “water” o al servicio, porque es como irse de excursión, algo que encubre el motivo de ese viaje, que es lo que realmente hiere nuestro pudor de espíritus celestes ajenos a las urgencias que afligen a los brutos.

Visto, pues, que no se puede nombrar el qué, José Pascual de Quinto ha querido referirse al dónde, en una ingeniosa, culta y divertida conferencia que ha dado a sus contertulios de “La Cadiera”.



No sé cómo andarán ustedes de escatología léxica, pero yo ignoraba que ese lugar pudiera llamarse de tantos modos, muchos más, que los que consigna Casares en su Diccionario Ideológico. Porque además de retrete, letrina, privada, necesaria, secreta, común, casilla, trono, garita, beque, evacuatorio, quiosco de necesidad y jardín, que también son ganas, Pascual de quinto ha ido espigando, en repertorios aragoneses, voces ten pintorescas como fuente, tabla, bujarda, turca, sillico, almuxaba, almojaba, bacía, bacín, evítame, beltrán, betalmez, cámara y baticambra, voz ésta que aparece en el Fuero de Teruel de 1176.

Respaldado por muchas horas de trabajo —no hay en nuestro idioma otra monografía semejante, que yo sepa— Pascual de Quinto mete en la danza del excusado desde el “Vidal Mayor”, en pleno siglo XIII, a los “cagadores” o azacanes ambulantes que callejeaban por la Zaragoza del siglo XVIII, provistos de un bacín y de una capa con que cubrir al cliente que requería sus servicios. Y recuerda con humor aquellos primeros «sumideros públicos de la Plaza de España, excusados o secretas que no debían serlo tanto puesto que tenían varios agujeros para que se aliviasen simultáneamente varios cristianos. Aunque a mí no me sorprende esa promiscua llaneza, porque recuerdo que en el pabellón de visitas del viejo Convento de las Clarisas de Valdealgorfa, había un excusado de tres plazas al que acudíamos con mis primos Ángel y María Teresa, cuando nos urgía, para no interrumpir nuestros juegos por esa pequeñez. Y el que debíamos ofrecer era, el espectáculo que tentó a Romualdo Nogués y Milagro un día de 1831, cuando estuvo a punto de perecer por una tormenta de lodo maloliente, bajo la baticambra de las Concepcionistas de Borja. La curiosidad es el germen de la Ciencia, pero entraña sus riesgos.

PAPEL HIGIÉNICO

He visto el recorte de un anuncio de la razón Joseph Bardou et Fils, con fecha 2 de junio de 1888, dando a conocer desde Perpiñán sus "Papiers Hygiéniques à Cigarettes". Antes y después, durante años, se le llamó así en España, en Portugal, en Francia: "papel higiénico". Se trataba de un papel que el fumador podía impunemente, higiénicamente, llevarse a los labios como envuelta del cigarro o de la picadura. Sin embargo ese nombre, el de "papel higiénico", acabó desplazándose hasta cubrir otras ocupaciones a las que siempre se ha puesto una veladura al nombrar.

Ya he contado en otro lugar, siguiendo a Abu abd Allah ibn Marzuq (+1439) los escrúpulos que en algunos sectores del fundamentalismo islámico suscitaba el uso en la mano izquierda de un anillo de sello con el nombre de Allah —porque ese uso podía ensuciar el nombre grabado en el anillo— entre quienes, como los musulmanes, desconocían o menospreciaban para la limpieza íntima el uso del papel. Y, por lo visto, ese empleo directo de la mano era cosa que divertía extremadamente a los asiáticos, ignorantes de todas las posibles consecuencias de aquella prescripción: por ejemplo, la de que la amputación de la mano derecha a un delincuente lo condenaba a la impureza perpetua por haber de usar la izquierda para ocuparse, indistintamente, de esa higiene y de la alimentación.

Es que, en el siglo V, los chinos habían dado ya con muy diversos usos del papel e incluso en el siglo siguiente lo habían generalizado como soporte gráfico mucho más allá de sus fronteras, incluso en el mundo árabe, cosa que vamos sabiendo muy poco a poco. Y, aunque la referencia es muy tardía en relación con ese momento, conviene recordar que, en 1393, el Departamento chino de Suministros Imperiales había servido 720.000 bandas de papel higiénico de 90 × 6 cm para la Corte y 15.000 hojitas perfumadas para el uso exclusivo de la familia imperial.

Todavía por esa época, en nuestro mundo occidental una muñequilla de trapos provista de un mango figuraba en el equipo de cada soldado de las legiones de Roma, y en los baños públicos se ofrecía a cada uno de sus sucesivos usuarios una misma esponja —con su mango correspondiente— mantenida en un cubo de agua salada. Pero hay un testimonio ligeramente anterior a Cristo, en el que me he detenido siempre: Catulo se refiere a los "anales" del escritor Volusio como *cacata carta*, como "papel (papiro) cagado". Y dado que, según el propio Catulo, el papel (el papiro) se usaba hasta para envolver el pescado más barato, la caballa, puede pensarse también para él un uso higiénico. No sería, desde luego, un "papel" *tissue*, como el que hoy acostumbramos, pero sí de textura semejante a las farfollas de maíz a que enseguida haremos mención.

La substitución del papiro por el papel, en todos sus usos —si es que ése fue el camino— llevó al aprovechamiento de papeles desechados. El "caballero Jorge", *der Junker Jörg*, Martín Lutero, refugiado en el castillo de Wartburg, donde su estreñimiento le obligaba a pasar largos ratos en la letrina, se distraía a veces leyendo esos papeles viejos y hasta se ocupó en armonizar allí la cancioncilla que figuraba en uno de ellos. Será preciso añadir que en esa letrina tuvo también la revelación de que nos justifica la sangre de Cristo. Y el lugar puede parecernos impropio pero debe recordarse que el Dr. Lutero era un profundo agustiniano y que el propio san Agustín había dicho a Mónica, su santa madre, que una letrina era un lugar tan bueno como otro cualquiera para elevar el corazón a Dios.

En los medios rurales, el empleo de las farfollas de maíz tuvo ese destino, al igual que el de envolver los cigarros o contener la picadura. Pero, admitido ya el empleo de un papel blanco con destino a la higiene, aún cada usuario había de cortarlo por sí mismo, más o menos

arbitrariamente, frente a una progresiva normalización semejante a la que llevó a la invención de los libritos de papel de fumar. Y, efectivamente, en 1857 Joseph Gayetty, en Nueva York, fue el primero en empaquetar hojitas de papel de tamaño uniforme para cualquiera que las usase, como exactamente un siglo antes había hecho en Alcoy el Rvdo. Vicente Albors con el papel higiénico para liar cigarrillos. Gayetty suavizaba su "papel terapéutico" con un humectante y vendía los paquetillos de 500 hojas, marcadas con su propio nombre, al precio de 50 céntimos de dólar. No era, pues, un artículo fácilmente asequible, y había catálogos de fabricantes y almacenistas con sus páginas ya taladradas por una línea de puntos que ayudaban al corte del papel para el destino que nos ocupa. En 1878 el inglés Walter Alcock, enrolla un papel de dos capas y lo dota de esas perforaciones que facilitaban su troceado. Pero sólo en 1890 los hermanos Irvin y Clarence Scott, de Filadelfia, logran la aceptación, por recomendación médica, del "Waldorf Tissue" como un ofrecimiento del Hotel Waldorf, de Nueva York, dado que los Scott rehuían asociar su nombre con aquel artículo que, sin embargo, acabó por conocerse como "Scott Tissue". Debe pensarse en los rollos de "Scottex", de nuestro tiempo, donde ese apellido se mantiene como marca comercial: son los que se anuncian con la intervención de un perrito, aunque todavía en 1910 podía bromearse sobre la conveniencia de orlar las hojitas con un ribete negro para su empleo por las viudas (como se orlaba el papel "de luto" para escribir), según recuerda Pierre-Marc de Biaisi; un momento en el que nadie podía pensar que una de las marcas que suministraban aquellos papeles, la Kimberly-Clark, sería reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos por sus "heroicos esfuerzos" en el suministro de productos a los combatientes durante la II Guerra Mundial.

Ha sido preciso, sin embargo, esperar largamente para dar con una novela, *Le Roi des Aulnes* ("El rey de los alisos", de Michel Tournier, 1970) en la que el *papier hygiénique*, el *papier-latrines*, se manifiesta con innovador protagonismo.

Al cabo de no sé cuántos siglos de que ya lo hicieran los chinos, y de saturar el mercado de toallitas perfumadas para la higiene de los bebés ("de venta en farmacias"), la publicidad comienza ahora a ofrecer a los adultos con ciertos problemas el uso de sus toallitas ("hemoallitas"), o simplemente las propone para "el placer de sentirse limpios".

El socio ya imprescindible del papel fue el retrete. En 1883 la Escuela Monge, de París, presentó un invento anónimo que se llamó "taza" de retrete: un recipiente de chapa con tapa de madera, como cuenta Margarita Cantudo. Los franceses, en eso de la higiene privada fueron siempre unos adelantados. Por eso inventaron el bidé (que nuestros académicos estuvieron a punto de designar como "jaquita" para que figurase en el diccionario oficial). Pero los ingleses inventaron el confort. Por eso, en 1886, Thomas Crapper incorporó al retrete, a cierta altura, un depósito para diez litros de agua que caían en la taza cuando se tiraba de una cadenita, y un sifón que impedía el retroceso de los olores.

Rafael León



Sophia Loren & Jayne Mansfield

INDETERMINACIONES EN EL LENGUAJE

1. Las gafas

El otro día un amigo mío de Móstoles fue a Madrid sabiendo que su novia necesitaba unas gafas. Al pasar ante una óptica vio un modelo de su agrado, y lo compró acto seguido.

Al pasar el regalo por caja, la dependienta se confundió y le dio otro paquete de envoltorio muy parecido que contenía unas bragas. Mi amigo, sin darse cuenta del error, se lo remitió acto seguido a su novia por correo acompañada de esta carta, que la dejó perpleja:

Querida Loli:

Espero que te guste el regalo que te envío. Sé muy bien que te hacían mucha falta. Las que llevas actualmente están ya muy viejas y estas cosas hay que renovarlas de vez en cuando.

Espero haber acertado con el modelo, quizás algo atrevido, pero elegante. La dependienta me dijo que eran la última moda y me enseñó las suyas, que eran iguales. Para ver si eran ligeras me las probé, no sin cierta dificultad, por la talla, claro. Realmente el efecto era cómico, y la dependienta y todos los asistentes se reían a gusto. Claro, estos modelos femeninos quedan graciosos a los hombres, que los desbordamos por todas partes.

Fue tal el éxito que una clienta joven quiso probárselas, quitándose las suyas previamente, para que yo pudiera hacerme idea de cómo te quedarían puestas. Aunque la tapaban poco porque la chica era más bien ancha, las vi estupendas y me decidí a comprarlas. Todos alabaron mi buen gusto.

Póntelas inmediatamente para que todo el mundo pueda comprobar lo bien que, estoy seguro, te van a quedar. Quizás al principio te sientas extraña con ellas, acostumbrada a las viejas (ya observé que últimamente no te las ponías siquiera). Si al principio sientes mareos no te preocupes: es normal y pronto se te pasarán.

Si te están pequeñas podemos cambiarlas, no sea que te dejen señal cuando te las quites para ir por la calle: todo el mundo lo notaría. Y, si te estuvieran grandes, igual se te caen andando en el momento menos pensado. Eso sería peor.

Lúcelas con cuidado. No vayas a dejártelas por ahí y perderlas, que tú eres algo despistadilla y a veces las llevas de la mano para que todo el mundo pueda admirar tus encantos al natural, y acabas dejándolas en cualquier rincón.

Bueno, me muero de ganas de vértelas puestas, aunque ya sabes que me gustas con ellas o sin ellas.

P. S. No tires las viejas: quizá te hagan todavía algún servicio.

2. Welle Chapel

En cierta ocasión, una familia española deseosa de pasar sus vacaciones en Escocia se interesó por una casita de campo, propiedad de un pastor protestante, con quien acordaron el alquiler. Cerrado ya el trato, la señora recordó que había omitido preguntar por los servicios higiénicos, y mandó una carta al pastor preguntándole por el W. C.

Sabido es que en Inglaterra no se usan esas siglas con el mismo significado que nosotros, y el pastor creyó que se referían a la capilla de su religión llamada *Welle Chapel*. Inmediatamente les contestó:

Estimados señores: Tengo el agrado de informarles que el lugar a que ustedes se refieren queda sólo a 12 kilómetros de la casa, lo cual es molesto si se tiene la costumbre de ir con frecuencia, pero algunas personas llevan comida y permanecen en el lugar todo el día; algunos viajan a pie, otros en tranvía, pero todos procuran llegar en el momento oportuno. Hay sitio para 400 personas cómodamente sentadas y unas 50 más de pie.

Los asientos están forrados de terciopelo púrpura y hay aire acondicionado para evitar sofocaciones.

Se recomienda llegar temprano para alcanzar puesto. A la entrada se dará un papel a cada persona, y las que no llegasen al reparto pueden utilizar el del compañero de asiento. Al salir deberán depositarlo en una bandeja para continuar usándolo todo el mes.

Hay fotografías especiales, que tomarán fotografías en distintas posturas, las cuales serán publicadas en la sección de Vida Social del diario local. Así podrá conocer el público a las altas personalidades en el acto más humano.

De ustedes atentamente...

(Tomado de COPRÓGENAS, PAGINAS TURBIAS)

Remitido por Josep M. Albaigès

El retrete de Aínsa

El excusado más precioso que he visto en mi vida está en un bar de Aínsa (Huesca). Es un precioso mueble del siglo XVIII vagamente parecido a un confesonario, adornado con unas "instrucciones de uso" en forma de poesía humorística y nada escatológica, que intentaré citar de memoria:

Vous que venez ici dans une humble posture
de vos flancs alourdis délivrer le fardeau
veuillez, quan vous aurez soulagé la nature
et posé dans cette place un modeste cadeau
y verser tout de suite un corrent d'onde pure
et baisser la couvercle avec premure
que aux odeurs indiscrets servira de tombeau¹.

JMAiO



¹ Vosotros, que llegáis aquí en una humilde postura / para librar el fardo de vuestros flancos recargados / servíos, cuando hayáis aliviado la naturaleza / y depositado en este sitio un modesto regalo / verter enseguida una corriente de onda pura / y bajar con premura el cubérculo / que servirá de tumba a los olores indiscretos.

EUFEMISMO VS. REFUERZO ESCATOLÓGICO

Aviso: Con ser el presente artículo referido a temas exclusivamente lingüísticos, puede herir algunas sensibilidades.

El hablante tropieza a veces con la dificultad de expresar el sentido exacto de su pensamiento; más a menudo todavía, el matiz sentimental que quiere imprimir a lo que dice. ¿Va a ser tan prosaico como para decir a la mujer amada, cuando tira el lirismo, “Eres muy guapa” simplemente? ¿O le expresará “Te amo” a secas? No, la primera frase exigirá una retahíla de metáforas donde aparecerán las perlas, el rubí, la seda, la luz suave, el azul del cielo, etc., y en la segunda deberán afirmarse sentimientos íntimos, vivencias especiales, mediante los correspondientes suspiros, languideces en la mirada, temblores y otros recursos históricamente eternos.

Para el primer problema, la única solución es un buen conocimiento del léxico. Nada más penoso que oír a veces: “Sí, ese cachivache que sirve para...” por desconocimiento de la palabra exacta. Lo segundo es cuestión no sólo de la adecuada inflexión de la voz y el apoyo gestual, sino de un buen conocimiento de los sinónimos de cada palabra, con sus matices respectivos.

Los tacos vehiculan, a niveles bajos del lenguaje, esos últimos sentidos, y por ello es tan creciente su uso en un tiempo de claro abandono de la cultura escrita a favor de la visual, más exactamente, de la televisiva. El salpicamiento continuo de la frase con esas expresiones, propias antes solamente de carreteros, es una de las plagas que nos toca vivir en ese filo del milenio.

El eufemismo aparece en cuanto se teme que las palabras evoquen con una fuerza excesiva, a juicio de los castos oyentes, algún aspecto agresivo, en especial los relacionados con las funciones evacuatorias o sexuales. Un buen ejemplo es la larga evolución de denominaciones que ha sufrido lo que, desterrado el campo o el corral para ciertos menesteres, el lugar de visita obligada una vez al día para todos los mortales empezó llamándose muy apropiadamente la *lavatrina* o *letrina*, de donde pasó en un primer eufemismo alusivo a su universalidad de visitación, a *comuna*, nombre por otra parte compartido con otras muchas instituciones de gran frecuentación (recordemos la Comuna de París, esto es, el Ayuntamiento, diríamos hoy). Estas acepciones paralelas fueron abandonándose para evitar las imágenes que la palabra aportaba, y llegada ésta a ese punto unívocamente referencial, se hizo necesario sustituirla por el *retrete*. Ésta era entonces una voz de lo más casto (“el lugar a donde uno se retira o hace retreta”; vemos en textos antiguos que una señora se fue a su retrete con sus amigas). Pues bien, con el tiempo el *retrete* acabó también oliendo mal, y fue sustituido por el *excusado* (las señoras, el *tocador*) y el *wáter* o *WC*, palabras que curiosamente los ingleses no usan (en la II Guerra Mundial no acababan de entender la hilaridad que las siglas de Winston Churchill provocaban en la prensa alemana). Tras el *lavabo*, algo pueblerino pero que en muchos ambientes ha sobrevivido, vino la aséptica y despersonalizada *servicios*, que está cobrando hoy un cierto aire bastón y hortera, por lo que parece que finalmente va a acabar siendo substituida esta vez por un galicismo, *toilette*, cuando no por el neutro *señoras|caballeros*. Por cierto, me cuenta un comunicante que vio en Guadix las inscripciones WC y WS (water caballeros y water señoras).

Fácilmente se intuye la facilidad con que el eufemismo puede convertirse en mera cursilería. Esto ocurre cuando, desde niveles pretendidamente superiores, como mínimo captadores de la inconveniencia del uso del taco, se quiere tomar prestada la fuerza expresiva de éste, sin decirlo, eso sí, ridículo intento que acaba en interjecciones como ¡*Jo!*, naturalmente abreviatura de *joder* (inicialmente ‘penetrar, atravesar, taladrar’, por el latín *fodere*), palabra que heriría las delicadas sensibilidades de hablante y oyente, quizás por la eficacia reforzante de la jota (*joder*, *cojones*, *carajo*, *pijo*...). Lo curioso es que, en el colmo de

la pirueta cursi, el *jo* acaba transformándose en *jolín*, *jobar* o *jope* cuando a su vez incluso esta mansa abreviatura empieza a sonar mal. El mismo *joder*, como verbo, acaba siendo *jibar* o *jorobar*, siempre en busca de la inicial presidiendo una palabra divergente.

El repertorio es infinito. *Cagar*, para las mentes delicadas, será *ensuciar*, y *mear*, *mojar*. *Me cago en la madre...* (de Dios) se transforma en *mecachis en la mar* (a veces, incluso *salada*), *cojones* pasa a ser *cojines*, *cataplínes* e incluso *sillines*, el *follón* es el *follín*, el *culo* es el *pompis* o el *traseo*, las *tetas* son las *domingas*, la *picha* es la *pilila*, *mear* es *hacer pis*, *cagar* es *telefonar*, la *regla* es la *visita*, el *chocho*, el *mocho*, y la *picha* son la *pilila*. Lo *cojonudo* es *pistonudo* o *morrocotudo*, e incluso la indumentaria entra en el mundo de los escrúpulos: la *bragueta* se transformó en la *pretina*, el *sostén* en el *sujetador*, y las *bragas* en el *slip* o, como mínimo, las *braguitas*, la *mala leche* es la *mala uva* o el *mal café*. Vaya todo a bien si con ello se evitan sofocos y aspavientos.

En el polo opuesto, el fenómeno contrario al eufemismo es el refuerzo escatológico, por el que se aumenta la intensidad de una palabra o frase apoyándolas con una innecesaria referencia al tema evacuatorio/sexual. Lo vemos continuamente en ejemplos clásicos: por decir que una cosa es *mala*, se dice que es *una mierda*, una *cagada* o una *parida*. Algo muy bueno es *de cojones* o la *leche* (se supone que en su acepción orgásmica), la *hostia* o *de puta madre*, y la gente se *mea* y se *corre* de gusto. *Ostiar* (rechazar de mala manera, como hacían los ostiarios o guardianes de la ostia o puerta) pasó a *hostiar*, y de aquí a *dar hostias*, en lógica analogía eucarística. La palabra *puñeta*, perfectamente decente (son los encajes que se llevan en el puño de una prenda de vestir) ha pasado a ser un taco, simplemente por la expresión “hacer puñetas”, equivalente a la todavía no demonizada “freír espárragos”, o sea hacer una cosa molesta y difícil. Por cierto, en América conserva el sentido de masturbar.

Al lado de estos ejemplos, más bien venerables, el pueblo no para de ejercitar su inventiva: el antiguo *ir de cabeza* se ha transformado en *ir de culo*: se decía que un coche *iba a toda pastilla* (se dice que alusión al mundo de la droga, aunque la frase parece anterior a la generalización de ésta); esto pasó a *ir a toda leche* o, más fuerte aún, *a toda mierda*. “El quinto infierno” (expresión que remite a las grandes lejanías) pasó a “*el quinto coño*”, y de dos que están muy unidos no se dice que son “uña y carne”, sino “*culo y mierda*”. La expresión *echando chispas*, con que se indicaba la premura, pasó a *echando leches*, y, más rotundo todavía, *cagando leches*: un prodigio de lenguaje enérgico.

Una borrachera es también una *mierda*. El verbo *acollonar* (asustar, por *collón*, cobarde, derivado del italiano *coglione*) pasó a *acojonar*. Ya entrados en el sexo se dice, con adverbio innecesario, que algo está *cojonudamente* bueno, o que algo *está más visto que el coño de...* (aquí, el nombre de la actriz de cine X del momento). Por no hablar de innumerables expresiones coloquiales, como “no se ve ni un *carajo*”, “ni esto ni *pollas* en vinagre”, “esto es muy fácil; se hace con la *punta del pito*”, etc., etc.

En el siglo XIX se hizo popular la palabra *gilí*, derivada, según unos, del árabe *yihil*, ‘bobo, aturdido, ignorante’, y según otros del inglés *hi-li*, abreviatura de *high life*, que, designando inicialmente a la alta sociedad, por evolución semántica acabó siendo despectivo. Últimamente el calificativo ha quedado reforzado como *gilipollas* (hoy ya en el DRAE), o como mínimo *gilipuertas*, sufijos sobre los que sobran los comentarios.

Un caso muy claro, devenido de gran popularidad últimamente gracias a la franqueza de varios ministros (lógicamente en sintonía con el nivel del pueblo, como manda la democracia) es la rotunda expresión *por cojones*, *por huevos* o *manda huevos*, con que se indica el modo enérgico e inevitable de llevarse a cabo una cosa. En realidad, se trata de un derivado, elaborado por la ignorancia, de la frase *por huebos*, que es tanto como decir “por necesidad, necesariamente” (latín *opus*, ‘necesidad’). Al lado está *tocar los cojones*, que en realidad es un refuerzo de *tocar las narices*, antiguo signo burlesco, *tocar el culo* (lo mismo), *empreñar* (trasplante del sentido de *joder* a la palabra *preñar*), etc. etc.

EL USO DE LA PALABRA COJONES

Un ejemplo de la riqueza del lenguaje castellano es el número de acepciones de una simple palabra, como puede ser la muy conocida y frecuentemente utilizada, que hace referencia a los atributos masculinos, "cojones".

Si va acompañada de un numeral, tiene significados distintos, según el número utilizado. Así "uno" significa caro o costoso (valía un cojón), "dos" significa valentía (tiene dos cojones), "tres" significa desprecio (me importa tres cojones), un número muy grande y par significa dificultad (lograrlo me costo mil pares de cojones).

El verbo cambia el significado. Tener, valentía (aquella persona tiene cojones), aunque en admiración puede significar sorpresa (¡tiene cojones!), poner expresa un reto, especialmente si se pone en algunos lugares (puso los cojones encima de la mesa). También se los utiliza para apostar (me corto los cojones), o para amenazar (te corto los cojones).

El tiempo del verbo utilizado cambia el significado de la frase. Así el tiempo presente indica molestia o hastío (me toca los cojones), el reflexivo significa vagancia (se tocaba los cojones), pero el imperativo significa sorpresa (¡tócate los cojones!).

Los prefijos y sufijos modulan su significado; "a" expresa miedo (acojonado), "des" significa cansancio (descojonado), "udo" indica perfección (cojonudo), pero "azo" se refiere a la indolencia o abulia.

Las preposiciones matizan la expresión. "De" significa éxito (me salió de cojones) o cantidad (hacia un frío de cojones), "por" expresa voluntariedad (lo haré por cojones), "hasta" expresa el límite del aguante (estoy hasta los cojones), pero "con" indica el valor (era un hombre con cojones) y "sin" la cobardía (era un hombre sin cojones).

Es distinto el color, la forma, la simple tersura o el tamaño. El color violeta expresa el frío (se me quedaron los cojones morados), la forma, el cansancio (tenía los cojones cuadrados), pero el desgaste implica experiencia (tenía los cojones pelados de tanto repetirlo). Es importante el tamaño y la posición (tiene dos cojones grandes y bien plantados); sin embargo hay un tamaño máximo (tiene los cojones como los del caballo de Espartero) que no puede superarse, porque entonces indica torpeza o vagancia (le cuelgan, se los pisa, se sienta sobre ellos, e incluso necesita una carretilla para llevarlos).

La interjección ¡cojones! significa sorpresa, y cuando uno se halla perplejo los solicita (¡manda cojones!).

En ese lugar reside la voluntad y de allí surgen las órdenes (me sale de los cojones).

En resumen, será difícil encontrar una palabra, en castellano o en otros idiomas con mayor número de acepciones.

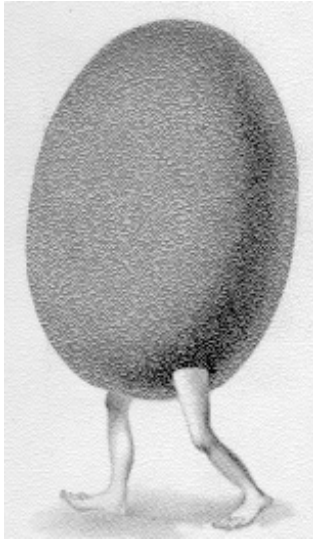
Andrés G. Parrilla

APOSTILLAS DE JOSEP M. ALBAIGÈS

Camilo José Cela trata abundantemente el tema a lo largo de nada menos que sesenta páginas en su *Diccionario secreto*. Allí se hallan abundantes digresiones sobre términos como *chupar un c.*, *tenerlos cuadrados*, *rascarse los c.*, etc. etc. Incluye también algunas poesías deliciosas, como:

*Los c. del cura
de Villalpando,
les llevan cuatro bueyes
y van sudando.*

A ese histórico libro remito al lector interesado. Por mi parte, me gustaría incluir algunas reflexiones más sobre algunas expresiones relacionadas con el tema.



Tocar (o tocarse) los c. Siempre me ha llamado la atención esa identificación táctil como sinónimo de molestia, incluso de humillación.

En mi opinión, la frase es un refuerzo escatológico de “tocar las narices”, con que claramente se expresan las ganas de molestar, pues, en efecto, *tocarle a alguien la narices* literalmente es incordiarle, enzurzarle.

En efecto, una expresión queda reforzada cuando es asociada, aunque sea innecesariamente, con una palabra obscena. Algunos ejemplos:

- En el siglo pasado se usaba la expresión “es un *gill*” para referirse a alguien snob, extravagante o sin sustancia. Hay quien dice que la palabreja es una adaptación del inglés *hi-li*, abreviatura de *high life*, “vida confortable” (recordemos también la reciente *hi-fi*), con que se designaba a la gente bien; otros opinan que se trata de un derivado de la voz árabe *ʿyahil*, “bobo, aturdido, ignorante”. En todo caso, el término ganó énfasis al ser reforzado con un innecesario “pollas”. Más tarde el vocablo, excesivamente grosero, ha retrocedido algo con el uso de *gilipueñas*.
- Para comentar la velocidad excesiva de un coche, se decía antiguamente “iba a toda marcha”. El término se enfatizó posteriormente con “iba a toda leche”, e incluso he oído decir “iba a toda mierda”.

Por tanto, nada tiene de extraño que las *narices* sean sustituidos por los *cojones* en busca de una mayor fuerza en la expresión. A ello ayuda el uso de la palabra en un también innecesario plural.

Hacer algo por huevos. En realidad, la frase correcta es hacer algo por *huebos*, cosa que nada tiene que ver con los atributos sexuales, pues *huebos* deriva del latín *opus*, “necesidad”. Con ello, hacer algo *por huebos* significa “hacerlo necesariamente, inevitablemente”, y, por extensión, “hacerlo por fuerza”.

Acojonar. En realidad es una derivación de acollonar, “atemorizar”, palabra sin connotación grosera, pues deriva de *a-* y *collón*, “cobarde, pusilánime”, derivado del italiano *coglione*, que, ésa sí, procede del latín *coleone*, a su vez de *colea*, plural de *coleo*, “testículo”. Es una nueva muestra del fenómeno de la groserización de un vocablo.

Josep M. Albaigès, sep 98

